

PUNTO

ROJO

B&B



LA MUERTE USA LAPIZ ROJO

clark carrados

LA MUERTE USA LAPIZ ROJO

CLARK CARRADOS

LA MUERTE USA LAPIZ ROJO

Colección PUNTO ROJO n.º 80

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 20.476 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN NOVIEMBRE - 1963

© CLARK CARRADOS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4427/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando uno ha trabajado largamente durante años para crearse una posición y lo ha conseguido al fin, creo que se merece un pequeño descanso, una especie de vacaciones en algún lugar discreto, sin luido, con poco bullicio, mucho sol y una larga playa de cálida y dorada arena.

Por esta razón, me encontraba yo entonces, aquel día en la playa de South Nesh, pequeña ciudad de la Florida Occidental. Hacía tres días que había llegado y desde entonces no había hecho otra cosa que holgazanear al sol y darme largas zambullidas en las tibias aguas del Golfo de Méjico.

Era una existencia deliciosa. La mente en blanco y el cuerpo sin moverse apenas, excepto para las necesidades más perentorias. Dormir todo lo que uno quería, comer sin prisas, con reposo, y a las horas más apetecibles, largas siestas, horas y horas de lectura... ¿qué más podía pedir para dos semanas que pensaba iban a durar mis vacaciones?

Podía pedir también otra cosa. Por ejemplo, la rubia que estaba en la playa, en la vecindad del lugar que yo ocupaba.

Debía haber llegado a South Nesh dos días después que yo, quiero decir que había sido la víspera cuando la había visto por primera vez. Y me había gustada a pesar de que, por mí profesión, he visto muchas y muy hermosas mujeres.

Antes de llegar a South Nesh debía haber estado en alguna otra playa, porque tenía la piel tostada, con un tono suave y delicado muy agradable de contemplar. Sus cabellos brillaban como oro bruñado y los ojos poseían

una extraña tonalidad azulverdosa que prestaba a su rostro, de líneas un tanto angulosas, pero bellas a pesar de todo, una encantadora y subyugante expresión.

Era muy esbelta, casi diríase delgada, pero con las curvas, entrantes y salientes, en los lugares adecuados y en la proporción exacta. Busto alto y firme, sin desagradables exageraciones pomposas; cintura de avispa, caderas finas, pero eminentemente femeninas, piernas largas y torneadas, y brazos de mórbidos contornos, constituían los principales detalles de una anatomía perfecta, cubierta en los lugares que la moral indicaba, por un ceñido traje de baño de una blancura deslumbrante. Tal era la rubia que había conocido, “de visu”, el día anterior, y de la cual me hubiera gustado disponer para unas cuantas sesiones... en mi estudio de dibujante publicitario, que es mi especialidad artística, naturalmente.

De repente, cuando menos lo esperaba, la rubia onduló hacia mí. Tenía un cigarrillo en la mano.

—Me siento desolada —dijo con voz agradablemente profunda—. Olvidé el encendedor en el hotel.

Me puse en pie y le ofrecí el mío. Ella acercó el cigarrillo a la llama y aspiró el humo, mientras me contemplaba de una manera singular.

—Usted no es de aquí —murmuró.

—Efectivamente. Soy, mejor dicho, resido en Nueva York y ahora estoy tomándome un par de semanas de vacaciones. Grissom, Rex Grissom es mi nombre.

—Constance Kinner —se presentó ella. Sentóse en la arena y cruzó las piernas a estilo árabe.

Me senté a su lado, con otro cigarrillo encendido. Era evidente que la rubia tenía ganas de conversación. ¿Por qué no complacerla?

—¿Muchos días por South Nesh? —pregunté.

Ella hizo un gesto evasivo.

—Depende —contestó negligentemente.

Empecé a preguntarme qué haría una joven como ella. Tanto podía ser una mecanógrafa de vacaciones, como podía tratarse de una cortesana de alto copete. En estos días, uno no puede estar seguro de la identidad de la persona con quien trata, hasta que le presentan pruebas irrefutables de que esa persona es lo que manifiesta. También podía ser una rica heredera, huyendo del mundanal ruido, pero esto era menos probable.

—¿Vive también en Nueva York? —aventuré.

—Sí. Últimamente me encontraba cansada y decidí tomarme unas vacaciones. Me recomendaron South Nesh como un lugar tranquilo y reservado.

—La persona que le formuló esa recomendación, sabía lo que se decía. Hasta ahora, yo no, había podido tomarme vacaciones, pero en lo sucesivo vendré todos los años un par de semanas a este lugar.

—De sus palabras, parece deducirse que ha trabajado usted intensamente en los últimos años, señor Grissom.

—Así es. Tenía que abrirme paso en Nueva York y no podía descuidarme si quería conseguir mis propósitos. En fin —añadí—, no es por pavonearme, pero creo haber triunfado lo suficiente para asegurarme una sólida posición para el resto de mis días.

—Muy interesante —dijo Constance—. Y, ¿en qué trabaja usted, si no es indiscreción?

—Ninguna, en absoluto, *miss* Kinner. Soy dibujante publicitario —rio—. Naturalmente, no soy aún un hombre famoso, pero sí lo bastante conocido en el medio en que me desenvuelvo, en el cual gozo de un amplio cartel, vuelvo a repetir, modestia aparte. —E innecesariamente, añadí, falto de esa modestia de la que tanto blasonaba—: Dibujo principalmente calendarios con chicas guapas.

Constance rio agradablemente.

—Y ligeritas de ropa —dijo.

—El público lo quiere así. —La miré de reojo—. Usted haría una modelo magnífica, se lo aseguro.

Constance se sonrojó ligeramente.

—Mis inclinaciones no se dirigen hacia ese lado, señor Grissom.

—Excúseme si la he ofendido —me disculpé.

—Oh, no tiene la menor importancia. —Tiró el cigarrillo y ágilmente, se puso en pie—. Voy a nadar, un poco.

—¿Le importa que la acompañe? —pregunté. Podía no gustarle posar para un cartel, con solo unos velos transparentes como vestimenta, pero quizá no era reacia a una aventura de vacaciones.

—Desde luego —dijo. Y echó a correr, zambulléndose en el agua con la gracia de una ondina.

Nadamos durante largo rato, hasta que empezamos a sentir fatiga. Hicimos luego la plancha un buen rato y al cabo regresamos a tierra firme.

Constance se enjugó con la toalla. Luego recogió sus ropas.

—Me gustaría volverla a ver —dije.

Ella sonrió.

—¿Por qué no, señor Grissom? Resido en el “Shark Hotel”.

—Una afortunada coincidencia —exclamé—. También yo me alojo allí. Volveremos juntos, si no le importa.

—Claro.

Emprendimos el regreso. El hotel no estaba demasiado lejos de la playa, de modo que llegamos en pocos minutos. Una vez allí, nos separamos.

Retuve su mano durante unos segundos más de lo acostumbrado.

—¿Puedo invitarla a una copa, Constance? —pregunté. Ya habíamos suprimido los tratamientos.

Ella vaciló ligeramente.

—Venga mejor a mí habitación, Rex. ¿Dentro de una hora?

—Dentro de una hora —afirmé, dominando mis deseos de empezar a saltar y a gritar como un indio en el sendero de la guerra.

Subí a mí habitación y me propiné una buena ducha, a fin de quitar de mi piel todos los rastros de sal y arena. Luego me puse una simple camisa de hilo, unos pantalones frescos y unas cómodas sandalias. Después dejé que pasara el tiempo que faltaba para completar la hora convenida.

En aquellos momentos, yo no pensaba en nada que no fuera Constance. Tenía todo el aspecto de una buena chica, pero hasta las chicas mejores, a veces, sienten la comezón de sentirse protagonistas de una aventurilla sentimental. Y si Constance se hallaba en aquellas condiciones, ¿por qué no seguirle la corriente?

A los sesenta minutos justos, me hallaba ante la puerta de su departamento, llamando con los nudillos.

—Adelante.

Abrí la puerta, di un paso y me quedé parado. Entonces comprendí que me había enamorado irremisiblemente de la muchacha. No me importaba lo que fuera —ladrona, asesina, ramera... suponiendo que fuese una persona de tales características—; estaba ya loco de remate por ella. Cualquier cosa que fuera me importaba un rábano. A partir de aquel momento, solo habría una mujer para mí en el mundo: Constance.

Vestía un traje de hilo crudo, que se amoldaba perfectamente a las magníficas líneas de su escultural silueta. Tenía el pelo peinado cuidadosamente, como dando la sensación de que era un casco metálico y sus labios lucían rojos y tentadores, con apenas una leve capa de carmín para avivar, muy poco, por supuesto, su maravillosa tonalidad natural.

—¡Constance! —murmuré, avanzando hacia ella. En el mismo instante, el techo de la habitación se desplomó sobre mi cabeza.

CAPÍTULO II

Desperté un millón de años más tarde, o al menos, así me lo pareció a mí. Después, cuando hube consultado el reloj, vi que solamente habían transcurrido quince o veinte minutos.

Hice un esfuerzo y me senté en el suelo. Oí voces a mí alrededor y traté de ajustar el foco correcto de mis pupilas.

Había tres hombres en la habitación. Uno de ellos era bajito, menudo, de ojos de pescado muerto, que infundía pavor solo con mirarlo. Los otros dos eran simples gorilas, pistoleros alquilonos, capaces de matar a su abuela por un dólar.

Sacudí la cabeza.

—Está despierto, jefe —dijo uno de los gorilas.

—Levantadlo —ordenó “Pez Muerto”.

Dos fuertes manos me agarraron por debajo de los sobacos y me izaron a pulso, manteniéndome en vilo, con los pies separados del suelo, pese a mis esfuerzos por desasirme. Eran fuertes los tipos, diablos.

—Bueno —gruñí, descontento. La nuca me dolía aún bastante—. ¿Qué rayos es lo que quieren de mí?

“Pez Muerto” se me acercó, situándose a dos pasos de distancia, mientras me escrutaba con toda atención.

—Creo que servirá —dijo al cabo, haciendo caso omiso de mis protestas.

—¿Para qué tengo que servir? —grité, pataleando en el aire inútilmente.

—Cierra el pico, condenado —gruñó uno de los gigantes.

—Llamaré a la policía —aullé.

—Llama a tu tía —rio el otro gorila.

—Está bien, basta ya de chanzas —dijo “Pez Muerto”—. Sí, servirá. Es un calco exacto de...

—Pero, ¿es que no quieren explicarme de una vez lo que sucede? ¿Por qué diablos me han golpeado? ¿Es que les he hecho algún daño sin saberlo? Si esto es así...

“Pez Muerto” movió una mano. Los gorilas me depositaron en el suelo, aunque sin soltarme del todo.

—Escucha —dijo “Pez Muerto”—, no queremos hacerte el menor daño... bueno, te hemos dado un golpe y aún habrás de llevar un par de

ellos más, pero —agitó la mano con gesto banal—, serán sin importancia. Luego te dejaremos libre para ir adonde quieras, ¿estamos?

Tragué saliva. ¿Qué diablos se proponían hacer conmigo aquellos sujetos?

De pronto recordé una cosa.

—¿Y Constance? ¿Dónde está la rubia que ocupaba esta habitación? —pregunté.

—Se ha marchado, aunque donde ha ido es algo que no te importa —contestó “Pez Muerto”.

Contuve, una maldición. No insulté tanto a Constance como a mí mismo, por idiota y por imbécil y poíno habérseme ocurrido que, detrás de la aparente facilidad de una aventura, podía esconderse algo nada bueno para mí. Y lo malo era, reconocí, que mis sentimientos por Constance no habían variado un ápice. Si después de haberme traicionado, hubiese aparecido en aquel momento para ordenarme saltar desde el piso cuarenta de un rascacielos, lo habría hecho sin vacilar un segundo.

—Bien —gruñó “Pez Muerto”—, creo que ya hemos perdido bastante tiempo. Vamos con él.

Los gorilas me soltaron. Pero mi alegría duró muy poco. Dos puños, uno tras otro, se lanzaron al asalto de mis ojos, cegándome durante breves instantes. La perfecta insonorización de las paredes del apartamento acalló mis gritos de dolor.

Mientras me esforzaba por recuperarme, noté que me arrancaban la ropa a puñados. En un santiamén, quedé en traje de Adán. Luego, antes de poder actuar en un sentido u otro, los componentes del trío echaron a correr y desaparecieron.

Los puñetazos recibidos habían sido de los buenos. En un momento se me hincharon los ojos, de tal modo, que apenas si podía ver lo necesario para trasladarme al cuarto de baño contiguo. El agua fría me refrescó lo suficiente para recuperarme un tanto. Aunque con alguna dificultad, conseguí después mover los párpados. Pero un examen ante el espejo me demostró que mi rostro había perdido para unos cuantos días el escaso atractivo varonil que poseía.

Envuelto en una gran toalla, salí del cuarto de baño. Revisé minuciosamente la habitación. Si Constance había sido su ocupante ya no estaba allí ni tampoco había dejado el menor rastro. Ni un mal pañuelo de maquillar había quedado tras su marcha, seguramente mucho antes de que me despertase una vez recibido el primer golpe.

Mis ropas habían desaparecido también. Renegué entre dientes de mi espíritu aventurero. No volvería a embarcarme jamás en un lío semejante... a menos que fuese la propia Constance la que me, diera una nueva cita. Entonces, aun sabiendo que el propio Satanás habría de estar al otro lado de la puerta, acudiría sin pensármelo dos veces.

Pero ahora tenía un problema mucho más urgente que resolver mi indumentaria. Después de unos momentos de reflexión, me asomé al pasillo, el cual estaba ahora, afortunadamente, desierto por completo. Lo atravesé rápidamente y me zambullí en mi apartamento, contento de, al menos, haber llegado a un refugio seguro.

Respiré hondo. Atravesé la estancia y me dirigí al armario. Estupefacto, comprobé que estaba vacío por completo.

—¿Qué diablos...? —rezongué.

Recorrí la estancia y el cuarto de baño, de arriba abajo. No acababa de entender bien las intenciones de aquellos sujetos. ¿Por qué me habían golpeado primero y luego se habían llevado todo mi equipaje?

La frase no es correcta. Encima de una silla vi lo necesario para vestirme. Chaqueta, pantalones, una camisa, calcetines y un par de zapatos. Desde luego, ninguna de aquellas prendas era mía, pero en tales momentos yo no estaba para sentir escrúpulos de conciencia. No iba a pasarme la vida envuelto en una toalla de baño, digo yo.

Me vestí rápidamente, comprobando con infinito asombro que mi billetero estaba en el bolsillo interior. La examiné con una breve mirada y pude ver que no me faltaba nada.

A cada momento que pasaba, mi desconcierto subía de punto. Las ropas me sentaban admirablemente; parecía como si las hubiera comprado yo mismo en persona. Pero eran muy chillonas y a mí nunca me han gustado las chaquetas a cuadros y los pantalones de un color rojo vino que horripilaba tan solo de mirarlo, tanto más a un artista como yo. Sin embargo, no tenía otra ropa y hasta que no hubiera resuelto aquel enojoso incidente, era forzoso el seguir vistiendo aquella espantosa indumentaria, completada por una camisa de color amarillo hidrófobo.

También encontré cigarrillos y fósforos. Encendí un pitillo y aspiré el humo profundamente. Me dirigí a la puerta, pero antes de abrirla recordé un detalle.

Mis ojos. Estaban hinchados y casi negros. ¡Aquellos condenados gorilas! mascullé rabioso. De pronto noté un bulto en el bolsillo de pecho de la chaqueta. Asombrado, comprobé que se trataba de unas grandes gafas de sol, de cristales muy oscuros.

Aquello seguía intrigándome más y más a cada segundo que pasaba. Francamente, no entendía en absoluto los propósitos de “Pez Muerto” y de sus cómplices. Habían utilizado a Constance como cebo para atraerme... ¿a qué clase de endemoniada trampa?

Como fuera, quedándome quieto, no podría resolver nada. Lo primero que debía hacer era enterarme del paradero de Constance y de sus *amigos*.

Un minuto más tarde, me encontraba ante el recepcionista. El tipo no me reconoció, por el momento.

—¿Sabe usted dónde está la ocupante de la habitación cuarenta y

siete? —pregunté hoscamente.

—¿Por qué lo quiere saber? —preguntó el individuo.

—Escucha —dije, enojado—, soy Grissom, de la habitación treinta y nueve. ¿Es que no me ha reconocido, demonios?

El recepcionista me miró atentamente durante unos segundos.

—¡Caramba, señor Grissom! Con esas gafas y esa ropa, está usted completamente desconocido.

—Es que hoy celebro mi Carnaval particular —dije agriamente—. Vamos, conteste a mí pregunta.

—Lo siento, señor Grissom. La señorita Kinner abonó su cuenta y se marchó en el acto.

—¿Fuera de la ciudad?

El recepcionista se alzó de hombros.

—Lo ignoro, señor. Aunque, si he de decir, parecía una mujer muy refinada y no creo que haya cambiado de hotel. —Orgullosamente, el tipo añadió—: El *Shark* es el mejor establecimiento de South Nesh.

Torcí el gesto. La prójima se había largado, no había más que discutir.

—Suponiendo que se haya marchado de South Nesh —dije—, ¿dónde cree usted que puede haber ido?

—A Nueva York, quizá. Ella dijo proceder de allí, señor Grissom.

—¿Qué dirección dejó?

—Ninguna, señor.

La respuesta del recepcionista me defraudó. “Vete a buscar a una mujer en Nueva York, aunque sea tan hermosa como Constance”, me dije desalentado.

Pero no por ello debía cejar en mis propósitos. Los incidentes de que había sido principal protagonista me tenían perplejo y quería llegar a los orígenes de los mismos. Expliqué al recepcionista lo que me había pasado y el sujeto se quedó de piedra.

—¡Imposible, señor! —contestó—. El *Shark* es un establecimiento respetable y nunca se producen cosas como las que usted acaba de narrarme.

—Conque aquí no asaltan y roban a la gente, ¿eh? —dije sarcásticamente. Agarré las solapas de mi americana—. Y esto, ¿qué diablos es? ¿Acaso se figura que llevo este disfraz por gusto? —Me quité las gafas oscuras de golpe—. Mire cómo tengo los ojos. ¿Quiere que le enseñe el bulto que me ha salido en el cogote?

El recepcionista abrió unos ojos como platos.

—¡Dios mío! —exclamó, terriblemente consternado—. ¡Eso es algo espantoso! Le aseguro, señor Grissom, que una cosa semejante no se había producido jamás en nuestro hotel.

—Pues ahora ha ocurrido —rezongué, más enojado a cada momento que pasaba—. Y me ha tenido que suceder a mí, precisamente a mí.

¿Dónde están los tres tipos que me golpearon y se llevaron luego el equipaje?

—Lo ignoro, señor. Vinieron esta mañana, se inscribieron como huéspedes y luego se marcharon. Hará una hora, más o menos.

—Déjeme el libro de registro —mascullé—. Ah, y avise a la policía. Quiero denunciar el atropello de que he sido objeto.

—¡La policía! —gimió el sujeto—. Será la ruina, el descrédito, la catástrofe...

—Sí, y también el fin del mundo. ¡Venga ese registro! —barboté, colérico.

El tipo me pasó el libro, abriéndolo por la página correspondiente. Luego, con aire entre perplejo y reticente, manejó el teléfono.

Mientras el recepcionista hablaba con la policía, yo examiné el libro. Las últimas entradas correspondían, precisamente, a “Pez Muerto” y sus acólitos.

Los nombres que habían facilitado permitirían identificarlos rápidamente, claro. Uno había firmado como John Smith, el otro como Pete Jones y el tercero, en fin, para no desentonar, se había hecho pasar por Harry Mac Kay. Los tres muy conocidos... en su casa, por supuesto. Pero, ¿dónde estaba esa casa en Nueva York, que era de donde habían dicho proceder?

Cerré el libro de golpe, sintiéndome la mar de fastidiado. Evidentemente; aquellos nombres eran más falsos que un dólar hecho con papel de estraza. La única que parecía haber usado su verdadera identidad era Constance, pero... ¡cualquiera los buscaba en Nueva York!

Como fuera, presentía que mis vacaciones se habían estropeado ya. Mascullando mil imprecaciones, encendí un cigarrillo.

—La policía no viene —rezongué, impaciente—. Tendré que ir yo a buscarlos.

—Dijeron que acudirían enseguida —alegó el recepcionista.

—Pues parece que tengan el cuartel en el Pacífico. Dígame dónde está la comisaría más próxima; ya que la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña —exclamé amargamente.

—Calle Doce, treinta y siete —dijo el tipo—. Siga recto, hacia el sur, y doble por la primera bocacalle que encuentre. No tardará mucho en encontrar la comisaría.

—Está bien —rezongué. Me ajusté las gafas, tiré el cigarrillo a un rincón y atravesé el vestíbulo.

Salí a la calle, maldiciendo de todo y de todos, de Constance, de mi maldita idea de pasar allí mis malditas vacaciones y de mi maldito afán de aventuras amorosas...

De pronto oí el zumbido de un automóvil que pasaba velozmente a poca distancia de la acera.

Miré instintivamente en dirección del ruido. Entonces, en una centésima de segundo, comprendí por qué me había ocurrido todo aquello en tan solo unas pocas horas.

Las gafas servían para desfigurarme ligeramente las facciones, en tanto que las ropas me conferían el aspecto de otra persona, a la cual debía parecerme mucho, pero cuya identidad me resultaba absolutamente desconocida. Como quiera que fuese, había sido elegido para desempeñar el papel de aquel individuo... ¡y ocupar su puesto en las frías losas de un depósito mortuario!

Todo esto lo comprendí apenas divisé a cuatro metros de distancia la boca del cañón de una pistola ametralladora. En un santiamén supe por qué había sido objeto de todos aquellos atropellos.

La pistola ametralladora emitió un profundo rugido.

CAPÍTULO III

Hubo de pasar bastante tiempo antes de que recobrase parcialmente el conocimiento y entonces noté que estaba envuelto en una cáscara de dolor que me recorría el cuerpo de arriba a abajo. Mi mente estaba aún sumamente perturbada y no distinguía bien los objetos, ni era capaz de separar las palabras unas de otras, a fin de establecer la debida correlación entre las frases. Vagamente, me di cuenta de que me hallaba tendido en un lecho, vendado como una momia e inmovilizado por cuatro o cinco partes de mi cuerpo. En torno a mí cama, situada en el centro de una habitación en penumbra, oía suaves rumores y apagados cuchicheos. Mis ojos captaron las imágenes de algunas personas vestidas de blanco y una de azul. Me pareció ver que esta era un policía, pero, como digo, todo estaba aún terriblemente confuso a mí alrededor y me sentía incapaz de discernir las cosas con la debida claridad.

Luego sentí un pinchazo en no sé dónde y al poco tiempo me dormí. Así, entre estas alternativas de sueño provocado y semilucidez, debieron pasar unos cuantos días.

En uno de mis escasos momentos de vigilia, una vigilia combatida duramente por el dolor, pude darme cuenta de que entraban en mi habitación dos o tres personas. Me miraron, me examinaron de arriba a abajo y luego se retiraron a un rincón de la estancia a conferenciar.

Embotado por el dolor, oía el vago murmullo de sus frases, sin entender lo que decían. No obstante, al cabo de un par de minutos de conversación, pude captar una singularmente reveladora.

—No creo que se salve —dijo alguien—. Y si se salva, será un milagro.

—Tendría que haber muerto en el acto —dijo otro—. Una persona con siete balazos en el cuerpo, no tiene derecho a seguir viviendo.

—Me pregunto yo —dijo un sujeto de voz bronca.—, cómo hizo para salvarse... bueno, al menos, en el primer momento.

—El tipo debió hacer un extraño al ver la ametralladora que le enfilaba —contestó alguien—. O bien saltó a un lado o bien empezó a dejarse caer. El caso es que los proyectiles no interesaron, milagrosamente, ningún órgano vital, aunque en otros puntos de su cuerpo causaron lesiones gravísimas, eso sin contar con la hemorragia. Tenía que haber muerto allí mismo, en la acera.

—Pero lo tenemos aquí —exclamó otro individuo—. Y haremos todos

los esfuerzos por salvarlo.

—¡Ese maldito hijo de perra! —barbotó el tipo de la voz bronca—. Venir a nuestra ciudad a dirimir sus diferencias. Si de mi dependiera, le arrancaría ahora mismo los vendajes y le echaría al patio del hospital.

—Teniente —sonó una voz imperativa—. Gurrick es nuestro paciente. Nosotros no miramos lo que haya podido hacer antes, sino que es un ser humano. *Gángster* o persona decente, para nosotros es lo mismo.

—Ya lo sé, ya lo sé —suspiró el oficial de policía—. Pero, ¡mira que venir a ensuciar la ciudad con su cochina sangre! ¿Sabe lo que pasará si esto se repite? Hasta ahora, South Nesh ha sido una ciudad pacífica y tranquila. Las autoridades están tratando de atraer forasteros con ese *slogan*. Pero si los pandilleros empiezan a dirimir sus diferencias a tiros en la puerta de los hoteles céntricos, los forasteros escaparán a bandadas y los que pensaban venir a pasar sus vacaciones; se largarán a dejar sus dólares a otro sitio.

—Es un punto de vista como otro cualquiera —convino uno de los médicos—. Muy respetable, quizá, pero no tanto como el nuestro. Si Gurrick se cura, lo dejaremos en sus manos, teniente. Y si no se cura.

—Tendré mucho gusto en gastarme diez dólares de mi paga para enviarle una magnífica corona de flores —dijo el policía con acento feroz.

* * *

Pero los pronósticos pesimistas de los galenos no se cumplieron y el policía se ahorró los diez dólares. Un buen día, ignoraba entonces cuántos habían pasado desde que me ametrallaran, desperté con la mente notablemente despejada.

Miré en torno mío. Las persianas estaban medio bajadas, pese a lo cual un rayo de sol penetraba directamente en la habitación y daba de lleno en un búcaro con flores. Todavía me sentía inmovilizado y, al cabo de varios minutos, pude darme cuenta de que tenía un brazo enyesado y una de mis piernas sujeta a un sistema de tensión a base de poleas y contrapesos. Noté vendajes en mis costados y en la otra pierna y, sabiendo que no me encontraba muy bien, procuré abstenerme de todo movimiento.

Pasó un buen rato. De pronto, la puerta se abrió y entró una enfermera.

Esta se dio cuenta en el acto de que había recobrado totalmente el conocimiento. Me dirigió una sonrisa animadora.

—¿Qué tal se encuentra, señor Gurrick? —preguntó.

—Algo mejor —contesté con una voz que parecía llegar de muy lejos, débil y apagada—. Oiga, enfermera...

Ella se puso un dedo en los labios.

—No hable, por favor. Iré ahora mismo a buscar al doctor Pellón.

Y se marchó en el acto.

Quince minutos más tarde, entró un hombre de mediana edad en la

estancia. El médico me tomó la muñeca y contó las pulsaciones. Luego hizo un gesto con la cabeza.

—No está mal —murmuró para sí—. Creo que se recupera.

—Debía ser un hombre muy fuerte, ¿no cree usted, doctor? —dijo la enfermera.

—Sí, porque, de lo contrario...

—Doctor —murmuré.

—¿Qué tal, señor Gurrick? —exclamó el galeno.

—¿Qué... me ha pasado? ¿Puedo saberlo?

—Se lo diré, pero no hablará mucho. Todavía está muy débil y podría agravarse de nuevo. Sencillamente, recibió usted siete balazos en distintas partes del cuerpo. Tiene las dos piernas atravesadas, la izquierda con el fémur roto; el húmero del brazo derecho también fracturado, dos balazos en la cadera derecha y otros dos en el tórax, estos, afortunadamente, con poca penetración en el cuerpo. Puede figurarse fácilmente la cantidad de sangre que perdió, además del *shock*. Aún no me explico cómo sigue con vida, si quiere que le diga la verdad.

—Si —dije con voz laxa—, ha debido tratarse de un milagro.

—Algo por el estilo —concordó el médico—. La verdad, cuando le pusimos en la mesa de operaciones, no daba por su pellejo el valor de una venda usada, señor Gurrick.

Hice una mueca.

—¿Puede decirme cuánto tiempo llevo encamado, doctor?

—Un mes, día por día.

Un sudor frío me cubrió la frente en el acto. ¡Un mes!

—Gracias —murmuré.

—Pero lo peor ha pasado ya —añadió el galeno—. Ahora es solo cuestión de tiempo. Pronto se recobrará, aunque, por supuesto, el volver a andar le costará una buena temporada. Bien, vamos a dejarle que duerma un rato. Estableceré un plan de convalecencia para que lo siga y le garantizo que en tres meses más estará como nuevo.

—¡Tres meses! —murmuré, aterrado.

Al día siguiente, me sentí ya un poco mejor. Los dolores habían desaparecido, pero, naturalmente, mi inmovilidad persistía. Entonces, casi de repente, me acordé de Constance.

¡La muy...! ¡Traicionarme de aquel modo! Si un día me la encontraba, le echaría las manos al cuello y... Pero, ¿no había quedado en que estaba chiflado por ella? Oh, no, no podría hacerle nada si la veía algún día, aunque hartó me imaginaba que encontrármela en Nueva York, iba a ser tan difícil como encontrar una ballena en las faldas del Everest.

La puerta se abrió de pronto y un hombre penetró en la estancia, seguido por la enfermera. El sujeto, aunque vestía de civil, parecía llevar impresa la palabra POLICIA en la cara. Sus ojos eran duros, diamantinos, y

me miraban con la misma compasión que habrían mirado a una araña venenosa.

—Hola —dijo gruñonamente—. Se salvó, Gurrick.

—Sí, eso parece...

—Para desdicha de la Humanidad en general y de los habitantes de los Estados Unidos en particular —comentó ácidamente el sujeto—. Soy el teniente Mac Cains, de la policía de South Nesh.

—Encantado —murmuró cortésmente.

—Yo me siento enfermo cada vez que pienso en usted, Gurrick. No tienen bastante con sus tiroteos en Nueva York y Chicago, que aún vienen a dirimir sus diferencias en las ciudades pacíficas como South Nesh. Bien, parece que ha tenido suerte y que yo me he ahorrado el importe de la corona de flores que pensaba enviarle a su cementerio. Le diré una cosa, Gurrick: cuando los matasanos le hayan dado de alta, yo mismo, en persona, le acompañaré hasta la terminal de autobuses con un billete directo hasta Nueva York. Y le prometo solemnemente que si vuelve a asomar su sucia jeta por esta ciudad en los días de su vida, le daré mucho, pero mucho que sentir. ¿Está claro, Gurrick?

—Está claro, teniente... —De repente reparé en un detalle—. ¡Oiga, yo no me llamo Gurrick!

Mac Cains exhaló una risita amarga.

—¡Naturalmente! —exclamó en tono sarcástico—. Enfermera, si este hombre no ha recibido ningún balazo en la cabeza, ¿cómo diablos está tan loco?

—¡Yo no estoy loco! —grité—. Me llamo Rex Grissom y soy dibujante publicitario. Pertenezco a la plantilla de la *Scalamore Agency*...

—Y yo soy Picasso —rio el policía—. Vamos, vamos, Gurrick, ¿me ha tomado por tonto? Encontramos su documentación entre las ropas. ¿Qué más cosas quiere hacer para negar su identidad?

—¡La documentación! —exclamé, desmoralizado.

—Así es, Ray Gurrick —dijo Mac Cains. Curvando los labios despreciativamente, añadió—: ¡Peste de tiradores! ¡No serían capaces de acercarse a la boca de un túnel ni aunque estuviesen en la mismísima entrada! Con lo fácil que hubiera resultado meterle dos tiros en la cabeza:

—Se ve que no ha tenido nunca delante una Thompson —mascullé.

—Ni falta que me hace —cortó Mac Cains. Extendió un dedo hacia mí—. Ahora debería preguntarle quién le tiroteó, pero eso me importa un rábano, aparte de que sé su contestación de antemano: “¡No los conozco! ¡Ignoro sus motivos!”. ¿No es eso lo que me respondería usted si le preguntase quiénes le dispararon?

—Exactamente —repliqué. Y no mentía, claro está.

—Muy bien. En las circunstancias en que se encuentra, no puedo darle un par de sopapos para obligarle a hablar. Y cuando esté bueno del todo,

lo único que me preocupará, entonces, es echarle de la ciudad. ¡Adiós, Gurrick!

Giró sobre sus talones y salió violentamente de la estancia.

Al quedarme solo, reflexioné.

Por supuesto, no conocía a los que me habían disparado, pero era fácil suponer que si lo habían hecho, se trataba de una rivalidad entre pandillas rivales. Y yo había sido elegido como blanco sustituto para satisfacer los odios que habían desatado tal rivalidad. Ahora bien, ¿cómo “Pez Muerto” había podido dar conmigo? ¿Me parecía a Gurrick tanto como para que los pistoleros me confundiesen con él?

Estas preguntas eran imposibles de contestar en la situación en que me hallaba. Además, en el hospital nadie creía que yo me llamase Grissom. “Pez Muerto” había preparado todo demasiado bien para conseguir sus propósitos.

¿O los del auténtico Gurrick?

El diablo lo sabía, mascullé furioso. Me gustase o no, tendría que soportar la convalecencia.

Y fue más larga de lo que había creído el doctor Pellón. Antes de que pudiera abandonar la cama para pasar a una silla de ruedas pasaron tres meses. Dos meses más de silla de ruedas, más otro de ejercicios calistánicos para recuperación de las funciones musculares, a los cuales había que añadir el mes transcurrido en la inconsciencia, sumaban un período superior al medio año. Cuando, al fin, fui dado de alta, listo para abandonar el hospital, el teniente Mac Cains vino a buscarme, y me condujo a la terminal de autobuses, como había prometido.

—Y si vuelve por South Nesh, maldita sea su puerca estampa, le haré pasar todas las agonías del infierno —me escupió a la cara—. Puede que en Nueva York sea usted alguien, pero aquí, en esta ciudad, no es más que una rata de cloaca. Y en South Nesh, matamos las ratas a pisotones. ¿Está claro?

—Tratándose de cloacas, está oscurísimo —dije irónicamente, en el momento de trepar al autobús.

Mac Cains se puso rojo de ira, pero ya no tenía tiempo de contestarme. Apenas hube franqueado la puerta, el chofer arrancó y yo, al cabo de siete meses, emprendí el regreso a Nueva York.

¿Qué haría entonces?

CAPÍTULO IV

Mi jefe, el señor Scalamore, me recibió de uñas. Tan de uñas, que no quiso aceptar mis excusas y me puso de patitas en la calle. Era un sujeto que pagaba magníficamente, pero, al mismo tiempo, era también un capataz de esclavos, un negrero, que exigía a sus empleados tres veces más de lo que les pagaba y que los despedía a la menor equivocación. Conmigo se portó aún peor; me amenazó con demandarme por incumplimiento de contrato y me negó, además, el certificado de referencias. Por si fuera poco, terminó diciendo que telefonaría, una por una, a todas las agencias de la competencia a fin de que no me dieran trabajo.

Scalamore no quiso aceptar mis explicaciones. El hecho, de que me hubieran tiroteado unos pandilleros, le puso aún más furioso. Levantó las manos al cielo, indignado porque uno de sus empleados se hubiese metido en semejantes jaleos. A última hora, el que se enfadó de veras fui yo.

Le volví la espalda, me levanté los faldones de la chaqueta y me incliné hacia adelante.

—Sólo le falta pegarme el puntapié de arranque —dije, sarcásticamente.

¡Y el muy canalla fue y me lo pegó!

En resumen, siete meses y dos días después de recibir la sarta de balazos que habían estado a punto de terminar con mi vida, me encontraba sin trabajo y con una exigua suma de dinero en el Banco. Era cierto que había triunfado y que, por lo mismo me había permitido el lujo de aquellas vacaciones, pero era después de las vacaciones cuando pensaba empezar a ganar dinero de veras. Por otra parte, los gastos de hospital y de reequipamiento al ser dado de alta, habían consumido totalmente el dinero que yo había llevado a South Nesh. De modo que, cuando el señor Scalamore dejó impresa la huella de su zapato en el final de mi espalda, mi capital ascendía a ciento nueve dólares con diecisiete centavos. ¡Un risueño porvenir, a fe mía!

Durante un par de semanas, viví de aquellos dólares. Pero como empezaran a agotarse, tuve que empezar a discurrir un medio de buscar la supervivencia. Trabajar en las agencias como dibujante me estaba vedado, después de lo que Scalamore me había prometido. Y no sabía, prácticamente, hacer otra cosa, de modo que estaba metido en un atolladero de los buenos.

A la cuarta semana, agarré una carpeta repleta de hojas de papel, un puñado de lápices, negros y de color, y empecé a recorrer los bares y cafés de Greenwich Village, el barrio bohemio de Nueva York. No era yo el primero que lo hacía ni tampoco el último; recorrer los establecimientos, retratando a los clientes por cincuenta centavos era el recurso de todo pintor o dibujante que quería llenar la panza decorosamente.

Así empecé a trabajar. Pero no era porvenir; había que patear mucho y recibir desaires por todas partes. Los dueños de los bares me miraban con recelo, recelo que no se disipaba ni siquiera cuando, para desarrugar su ceño, les hacía un dibujo de su fisonomía. ¡Hubo uno que me enseñó hasta cuarenta y tantos diseños de su cara, poco agradable de contemplar por cierto, de todos los tamaños y los estilos, incluyendo el abstracto! Cómo puede suponerse, en aquel café perdí treinta minutos y una hoja de papel.

Tres semanas más tarde, mi situación empezaba a ser desesperada. Todo mi capital consistía en ochenta centavos, con los cuales, si no conseguía colocar aquella noche un par de dibujos más, pensaba tomarme un café con buñuelos. Al día siguiente... pero ¿quién podía predecir lo que podía pasar al día siguiente?

Entré en el “Travy’s”, un local situado en Minetta Lane, casi esquina a Mac Dougal Street. Descendí los escalones, pues estaba situado en un sótano y me dirigí directamente al mostrador. El local era pequeño, como suelen serlo todos los de esa clase: una docena de mesas, un pequeño escenario con un piano, la barra, los servicios higiénicos y pare usted de contar. La decoración consistía únicamente en cientos de dibujos hechos por cientos de artistas que me habían precedido en sus nobles intentos de llenar el estómago. Ver las paredes del “Travy’s” me desalentó, palabra.

Contra lo que esperaba, el dueño me acogió benévolamente. Travy, así se llamaba, si no protegía a los artistas, por lo menos; les dejaba actuar. Me explicó las razones. Más de uno se había hecho famoso después de pasar por su local y dejarle, como contribución, un dibujo. Naturalmente, Travy había obtenido buenos dólares del dibujo. Lo mismo me podía pasar a mí, dijo, mientras ordenaba me sirviesen un buen vaso de *whisky*, cosa que agradecí sinceramente.

El licor me confortó notablemente. Entre sorbo y sorbo, seguía dibujando el rostro de mi anfitrión. Echando una vez más mano a mí reconocida modestia, diré que, después de un par de vistazos, habría podido dibujarlo sin modelo; afortunadamente, poseo una memoria fotográfica que me permite reproducir las facciones de una persona o los contornos de un objeto solo con unos pocos momentos de observación.

Travy quedó muy complacido del dibujo y me dijo que podía intentar ganarme la comida del día siguiente. Vi una mesa desocupada y me senté en una silla. Puse una nueva hoja de papel sobre la carpeta y, tras un atento estudio de las posibilidades de mis clientes, me decidí por un sujeto

gordo y bien trajeado, acompañado de una pelirroja despanpanante, quienes estaban dedicados a la agradable tarea de consumir una botella de champaña. Cuando la inmensa mayoría de los clientes del “Travy’s” se tiraban al peleón, si un fulano bebía champaña, era que tenía billetes largos en el bolsillo. Y, lo tengo comprobado, un individuo de este género con una chica de las buenas a su derecha, es un cliente de los que nunca dan menos de dos dólares de propina por el dibujo. Claro está que hay que mentir artísticamente y obtener un diseño lo más favorable posible, pero cuando el estómago tiene telarañas, es preciso buscar como sea una escoba para dejarlo limpio.

Estaba a mitad del dibujo, cuando sonó el piano del escenario. Ocupado en mi labor, no me molesté siquiera en levantar la vista. Escuché la canción que entonaba una mujer, de voz grave y agradable, mientras seguía, afanado en mi trabajo.

Terminé un cuarto de hora más tarde. Entonces, alcé los ojos, dispuesto a trasladarme a la mesa del gordo y la pelirroja. Creo que se me cayó la mandíbula.

Durante unos momentos, permanecí en el mismo sitio, clavado a la silla, incapaz de reaccionar, negándome a dar crédito a lo que estaba viendo. “¡Es imposible, imposible!”, me repetí una y otra vez. Pero allí estaba Constance, más hermosa que nunca, sentada ante el piano para acompañarse a sí misma, vestida con un traje negro que dejaba al descubierto unos hombros redondos, marmóreos, y el nacimiento de un seno perfecto, digno de ser perpetuado por el cincel de un Fidias.

Era Constance, no me cabía la menor duda. Aunque cantaba, reconocí perfectamente su voz. El error resultaba imposible.

Un enloquecedor torbellino de pensamientos se agitó durante unos instantes en mi mente. ¡Amaba a Constance! ¡Pero ella me había conducido a una trampa mortal! ¿Qué debía hacer? ¿Reprochárselo? ¿Olvidar y conseguir su amor?

De pronto, una mano se apoyó en mi hombro, a la vez que un sujeto soltaba una exclamación de asombro.

—¡Jefe! Pero, ¡qué alegría! Es maravilloso volver a verle, jefe, se lo aseguro.

* * *

Volví la cabeza. No me quedaba otro remedio que hacerlo.

Tratábase de un fulano enteco, esmirriado, con menos carne encima que un explorador después de haber pasado por los dientes de una tribu de caníbales y con la sonrisa más repugnante y desagradable que jamás he visto en los días de mi vida. Él aliento le hedía espantosamente y, para completar el cuadro de belleza, tenía en el ojo izquierdo el rastro de una cuchillada que le impedía cerrar el párpado —luego habría de enterarme que era cierto, que dormía con un ojo cerrado y el otro abierto y que,

además, cuando dormía en lugares con luz, tenía que ponerse un parche negro en el ojo averiado. El cuadro quedaba completado por una horrenda chaqueta a cuadros, unos pantalones casi blancos y una camisa negra, en cuyo centro lucía una espantosa corbata amarilla, con lunares verdes y rombos violetas. El sueño de un pintor abstracto esquizofrénico, vamos.

El tipo agarró una silla y se sentó a mí lado.

—Jefe, ¿qué diablos le pasa? ¿Es que ya no se acuerda su fiel Duffy? ¿O —su rostro expresó ansiedad súbitamente— acaso está enojado conmigo por haberle facilitado aquella idea?

Reflexioné rápidamente. Era evidente que el tipo pertenecía a alguna pandilla —el ligero abultamiento del lado siniestro de su chaqueta, demostraba que usaba pistola, cosa que no suelen hacer las gentes honradas —y que yo era el jefe de esa pandilla. ¿Gurrick? me pregunté.

Duffy volvió a palmearme la espalda confianzudamente.

—Jefe, sin el bigote está desconocido —exclamó, riendo—. Incluso diría que se ha rejuvenecido unos cuantos años. ¡Qué ganas tenía de verle, diablos! Pero, ¿puede saberse qué hace en este infecto local? Nunca le hubiera supuesto capaz de tomar una copa en “Travy’s”, palabra.

—Es que yo no vine a... —Y de repente, me acordó de lo que estaba haciendo en el lugar. Volví el dibujo boca abajo y me estiré en el asiento—. Vine a observar un poco —dije envaradamente.

—¿Observar? —La mirada de Duffy se paseó en torno suyo. Sus ojillos se endurecieron de pronto—. ¿Quién rayos hay aquí? Si le molesta, dígame una sola palabra y...

Un diminuto diablillo empezó a danzar en mi interior, soplándome ciertas ideas en mi espíritu.

—Olvida eso, Duffy— dije benignamente. Puesto que me confundía con su jefe, ¿por qué no aprovecharme de la situación, siquiera fuese momentáneamente?

—¿Entonces? —murmuró el hombrecillo.

Moví la barbilla en dirección al piano. Constance seguía, cantando e interpretando a un tiempo.

—Me gusta la prójima —dije, hablando solo con un costado de la cara.

—Es guapa, en efecto —convino Duffy.

—¿La conoces? —pregunté.

Duffy hizo una mueca.

—Sí. En tiempos estuvo liada con Pete Borso. Ahora... —Duffy soltó una cínica carcajada—. Bueno, creo que está *viuda*. —Me pegó un codazo en el costado, a la vez que me guiñaba el ojo que podía guiñar—. ¿Comprende, jefe?

—Sí, entiendo —respondí con los labios muy prietos—. Y me gustaría enormemente charlar un ratito con ella. ¿Tú sabes dónde vive?

—No, pero eso se puede averiguar en un santiamén. —Duffy se

levantó, caminó hacia el mostrador y habló un momento con Travy. Luego regresó a la mesa y dijo—: Leroy Street, 47, jefe.

Esforcé la memoria. La calle Leroy estaba a muy poca distancia de Minetta Lane. En un principio, había pensado entrevistarme con Constance allí, en el propio “Travy’s”, pero al cabo de un momento, resolví que era mucho mejor hablar con ella en su domicilio. A todo esto, Duffy hablaba y hablaba, de un modo mareante, hasta levantarme dolor de cabeza.

—Jefe, ahora que todo se ha enfriado ya, ¿por qué no empezamos de nuevo? Hay muchos negocios por hacer, y estamos perdiendo el tiempo miserablemente, de modo que, ¿por qué no echarnos para adelante como en los buenos tiempos?

—¿Qué es lo que pretendes decirme, Duffy? —dije hoscamente.

—Pues eso, sencillamente. Que la banda de Bleecker y Bitino están comiéndonos el terreno y que si nos descuidamos, nos dejarán hasta sin las suelas de los zapatos —respondió el granuja—. Los muchachos están como gallinas mojadas, sin usted, y no se atreven a hacer nada contra ese par de hijos de perra. Uno o dos lo intentaron, pero les salió mal la cosa. En cambio, si usted se pone de nuevo el frente de la banda...



Me habían dejado sin ropa...

¡Tenía gracia! ¡Ponerme al frente de una pandilla de criminales y forajidos sin escrúpulos! Era como para agarrarse la tripa con las dos manos y revolcarse por el suelo de risa.

De súbito, una frase de Duffy me hizo reflexionar profundamente.

—Si Bleecker y Bitino se enteran de que Ray Gurrick está de nuevo aquí, escapan apenas usted les enseñe los dientes, se lo aseguro.

¡De modo que yo era Ray Gurrick! ¡Hombre, hasta ahí podían llegar las cosas!

Constance seguía en el piano. ¡Qué bonita estaba! Pero cada vez que pensaba que era la *viuda* de un sujeto que, en vida, se había llamado Pete Borso, se me revolvían las tripas. ¿Cómo era posible que una mujer tan hermosa como ella y, aparentemente, tan buena, hubiese podido caer tan bajo? “¿Acaso no intentó seducirte para atraerte a una trampa que estuvo a punto de costarte la vida?”, pensé agriamente.

Había muchas cosas que quería aclarar. Pero no podría hacerlo si decía a Duffy mi verdadera identidad y este se molestaba conmigo y acababa la faena que dejaron inconclusa los pistoleros de South Nesh.

¿Y por qué no seguir, durante un tiempo mínimo, claro está, con la ficción? ¿Por qué no desempeñar el papel de Gurrick? Mi parecido con este debía ser asombroso, cuando uno de sus secuaces de más confianza me había confundido con él. Pero, me prometí, solo lo haría durante el tiempo estrictamente necesario y ni un minuto más.

Constance terminó, de pronto, su concierto. Una salva cerrada de aplausos acogió su actuación. La muchacha se puso en pie y agradeció las ovaciones con graciosas inclinaciones de cabeza. Luego empezó a recoger sus cosas para marcharse.

Entonces me puse en pie. Repentinamente, me acordé de una cosa.

—Ey, Duffy —dije—. Olvidé la billetera en casa y estoy sin blanca. ¿Puedes prestarme...?

—Claro que sí, jefe —accedió el tipo obsequiosamente. Echó mano al bolsillo y extrajo un puñado de billetes que puso en la mía—. Ya me lo devolverá cuando pueda. Y si no, ya ganaremos más —rio ampliamente. De súbito advirtió que me dejaba la carpeta con los dibujos—. Se olvida esto, jefe.

Rezongué, mientras volvía sobre mis pasos. Constance se acercaba a la escalera que daba a la salida. Recogí la carpeta y ya me disponía a reanudar la marcha, cuando Duffy exclamó.

—Jefe, ¿le ha dado ahora por dibujar? Le estuve observando antes y me pareció que lo hacía muy bien.

—Sí —contesté con una mueca—. Estuve practicando durante... mis vacaciones.

Duffy enseñó los dientes de nuevo.

—Siempre lo dije yo: usted es grande en todo. Aún me acuerdo cuando hizo el plano para aquel golpe... ¡Un momento! ¿Dónde se aloja usted?

Torcí el gesto. ¿Era que aquel entrometido no iba a dejarme nunca en paz? Constance había alcanzado ya la mitad, de la escalera y por nada del mundo quería perderla de vista.

—Te lo diré luego. Ahora quiero hablar con la chica.

—Se comprende —Duffy me guiñó un ojo—. Bueno, luego nos veremos. ¡Suerte, jefe!

Murmuré algo parecido a un “gracias” y salí de estampía detrás de Constance. Cuando llegué a la calle, la muchacha caminaba ya en dirección a la Avenida de las Américas, alta, erguida, majestuosa, indiferente a cuantos se cruzaban con ella.

La seguí cautelosamente a corta distancia, procurando pasar inadvertido. Rebasamos la Avenida mencionada y llegamos a Bleeker Street. Estoy me hizo pensar en la coincidencia del nombre de la calle con el de uno de mis *enemigos*, pero aparté casi al instante aquel pensamiento de mi imaginación.

Constance alcanzó la calle Leroy y siguió caminando hasta llegar a su casa. Sacó la llave de su bolso de mano y la insertó en la cerradura. En el momento en que hacía girar el batiente de la puerta, me acerqué a ella y la agarré por el brazo izquierdo.

Constance se volvió, enormemente sorprendida. En el primer momento no me reconoció; mi cara estaba en sombras y, por lo tanto, resultaba imposible captar los rasgos de mis facciones. No obstante, supo mantener cierta serenidad.

—¿Quién es usted? —preguntó en voz baja, pero perfectamente modulada—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Adentro, preciosa —gruñí truculentamente—. Y no rechistes o te descoso ese lindo pellejo. ¡Vamos, pronto!

CAPÍTULO V

El portal estaba sumido en una semioscuridad que apenas si permitía ver a dos pasos de distancia. Subimos a pie tres pisos, en completo silencio, sin que yo soltase ni por un momento el brazo de la chica, mórbido y con una piel de raso, a juzgar por lo que percibía al tacto. Ella respiraba profundamente aunque sin dar, al menos exteriormente, ninguna señal de alteración. ¿Era que ya se esperaba algo por el estilo?

Constance se detuvo ante una puerta situada en el descansillo del tercer piso. Procuré taparme parcialmente el rostro con la carpeta de los dibujos; quería observar su reacción cuando me reconociese... si es que se acordaba de mi todavía.

Giré sobre mis talones y vi que tenía una pistola en la mano, extraída seguramente de su bolso.

—Y ahora, va a decirme usted qué es lo que quiere o, de lo contrario, yo...

Sus ojos se dilataron hasta un extremo increíble, al mismo tiempo que su rostro se convertía en una máscara de ceniza.

—*¡Usted!* —dijo con voz sorda. No cabía la menor duda; me había reconocido.

—El, mismo —respondí—. Y baje ese cacharro. Cuando se disparan, hacen mucha pupa. Dígamelo a mí —añadí sarcásticamente—, que tengo en el cuerpo señales de nada menos que siete balas, señales que me recordarán siempre a cierta prójima, de vida nada edificante, que me atrajo un día a la trampa más inicua que uno pueda imaginarse.

Constance no acertaba a hablar. Parecía una estatua, animada únicamente en la parte del busto, que se movía en un suave vaivén de ascenso y descenso. Los labios destacaban como un trazo sangriento en un rostro de blancura nívea.

Avancé hacia ella y le quité suavemente la pistola, que arrojé debajo de un diván. Constance no tenía fuerzas para protestar. Lancé la carpeta sobre el mismo diván y luego la empujé hacia el lado opuesto de la estancia, en donde vi un aparador con botellas y copas.

—Sirve un trago, anda —ordené.

Constance actuaba mecánicamente. Empezó a manipular en las botellas, pero de pronto se volvió hacia mí y, casi a gritos, preguntó:

—¿Qué es lo que quiere de mí, Grissom? Si va a matarme, hágalo

propto; cualquier cosa es preferible a la incertidumbre. ¿Me ha oído?

Soltó una suave risita. Claramente podía ver que había perdido el dominio de sus nervios, pero yo quería torturarla aún un poco más, a fin de que me soltase todo lo que sabía.

—Por ahora, no tengo intenciones de estropear ese hermoso cuerpo... lo cual no significa que rio lo haga más adelante —dije malignamente—. Pero, vamos, ponina esa copa; tengo ya la boca seca y no me gusta esperar, ¿me entiendes?

Constance se volvió de nuevo y vertió parte del licor de un frasco de vidrio tallado en dos copas. La mano le temblaba; los vidrios tintinearón audiblemente.

Me entregó la copa. Ella despachó la suya de un tragó. Su cara empezaba a recobrar el calor de nuevo.

—Bien, ¿qué es lo que quiere? —dijo apagadamente.

La señalé el diván con la mano libre.

—Siéntese allí.

Obedeció. Quedó rígida, con las manos sobre el regazo. Sus ojos expresaban temor claramente.

—Deseo que me cuente por qué me atrajo a aquella emboscada.

—Me obligaron a hacerlo —contestó con voz natural.

—¿Quién?

—Budd Curt y sus dos amigos.

—Budd Curt, ¿es un sujeto que tiene los ojos que parecen de pescado muerto?

—Sí.

—Y, supongo, pertenece a la banda de Ray Gurrick.

Ella me miró fijamente.

—No sé quién es ese Gurrick, señor Grissom —dijo.

—Puede llamarme Rex, lo mismo da —respondí—. ¿Está segura de que no ha oído hablar jamás de Gurrick?

—En absoluto.

—¿Ni siquiera —pregunté intencionadamente— cuando estaba al lado de un sujeto de pésimos antecedentes llamado Pete Borso?

Los labios de la muchacha temblaron.

—Pete apenas me hablaba de sus asuntos.

—Pero sabe que no tenían nada de buenos —expresé.

Constance volvió la vista a un lado.

—Me enteré cuando ya era demasiado tarde —dijo roncamente.

—Bueno, ¿y por qué no le dejó?

Ella sacudió la cabeza. Sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas.

—No podía, créame.

—¿Qué no podía? Vamos, ¿a quién espera hacer tragar ese cuento? ¿Acaso la había amenazado él de muerte?

Constance movió la cabeza negativamente.

—No —murmuró con un hilo de voz.

—¿Entonces...? Bueno, ¡qué más da, rayos! —exclamé, furioso. ¿Qué diablos podían interesarme a mí los asuntos sentimentales de una fulana de semejante catadura? Y el caso era que, a cada minuto que pasaba yo... Bien, lo que a mí me preocupaba en aquellos momentos era averiguar una cosa y no los líos amorosos de Constance—. ¿Por qué me tendió aquella trampa?

—Porque Curt y sus dos gorilas me obligaron a ello.

—Cuénteme —dije brevemente.

—Vinieron a verme y me dijeron que debía sacar un billete para South Nesh. Allí debía verle a usted y procurar atraerle a mí habitación. Me enseñaron una fotografía suya y me dijeron su nombre. Eso es todo.

—No. Faltan más cosas. ¿Por qué le obligaron? O quizá —añadí con ninguna buena intención—, puedo decir: ¿Cuánto la pagaron?

Constance se levantó, convulsa y jadeante. Apoyé una mano en su hombro y la arrojé de nuevo sobre el diván.

—Abajo —ordené perentoriamente—. ¿Cuánto la pagaron?

—No era cuestión de dinero.

—Vaya; qué cosa tan extraña. ¿Qué pasó, la torturaron?

Constance estaba a punto de echarse a llorar.

—No me creerá, Rex, pero las cosas sucedieron así: Ellos me dijeron que solo trataban de darle una lección, una buena paliza. A pesar de todo, me resistí cuanto pude, hasta que Curt me dijo que o lo hacía o liquidaba a Pete.

Empecé a sentir desprecio hacia Constance. De buena gana le hubiera arreado dos sopapos, pero supe contenerme.

—De modo que, por salvar la vida de un granuja y de un forajido, con el cual le unían los más repugnantes lazos, no le importó entregar a un inocente, al cual no conocía ni había visto jamás en los días de su vida.

Constance se retorció las manos.

—¿Qué podía hacer yo? —clamó—. Quería a Pete y me horrorizaba la idea de verle muerto... Pero le juro que ellos me aseguraron firmemente que solo se trataba de una paliza y que respetarían su vida.

Solté una agria risita.

—Me dieron la paliza, en efecto. Luego me dejaron desnudo y tuve que vestir unas ropas que no eran las mías. Después, cuando salí del hotel, unos sujetos pasaron con un coche y me ametrallaron. Tengo siete balazos en el cuerpo, aunque no lo crea. ¿Quiere que le enseñe las cicatrices?

Los ojos de Constance expresaban un horror infinito.

—¡Dispararon contra usted! —exclamó, aturdida.

—Eso fue lo que sucedió, y eso es lo que tramaron Curt y sus dos gorilas, sabiendo que alguien había por ahí que quería matar a Gurrick. De

este modo, con aquellas ropas, los enemigos de Gurrick me confundieron con él y convirtieron mi pellejo en un colador. Y todo ello —añadí furiosísimo—, porque la linda Constance Kinner quería salvar a un granuja y a un canalla llamado Pete Borso. ¿No es eso?

Constance se cubrió el rostro con las manos. Con voz ahogada por los sollozos, dijo:

—Si yo lo hubiera sabido entonces, me habría resistido con todas mis fuerzas, se lo juro —gimió—. Aunque hubiesen matado a Pete.

—Claro —dije sarcásticamente—. Pero yo me pasé siete meses en el hospital, uno de ellos entre la vida y la muerte. ¿Sabe que los médicos me habían desahuciado ya? y mientras tanto, el alegre Pete disfrutaba de los numerosos y bien proporcionados encantos de la linda Constance Kinner. Y sigue disfrutando, ¿no es eso?

Ella me miró con los ojos abiertos.

—No, Rex —balbuceó—. Pete está muerto. Murió a la semana de mi regreso de South Nesh. Puede creerme, se lo juro...

Constance no pudo seguir hablando. En aquel momento, alguien llamó a la puerta.

Ella y yo nos miramos mutuamente. En voz muy baja, pregunté:

—¿Quién puede ser?

Se encogió de hombros, sin añadir una sola palabra. La llamada se repitió.

—Iré a ver —dije—. A menos que no quiera recibir a su visitante.

Constance irguió la barbilla desafiadoramente.

—¿Por qué no? Ahora ya no tengo miedo de nadie, todo me da lo mismo.

Pasó por delante de mí, abrió la puerta y dos hombres armados con sendas pistolas irrumpieron en el apartamento.

* * *

—¡Quietos! —siseó uno de los pandilleros, encañonándose con el arma, mientras el otro, tras cerrar la puerta de golpe, agarraba por el brazo a Constance, impidiéndole todo movimiento—. No os mováis o habrá agujeros en vuestros pellejos.

Sentí un raro espasmo en el estómago. El arma que me apuntaba directamente parecía una pieza de artillería de campaña.

—Bueno, ¿se puede saber...? —pregunté.

El otro pistolero empujó a Constance hasta situarla a mí lado. El primero sonrió torvamente.

—Vaya —dijo—, veo que esta chica tan preciosa ha encontrado por fin un sustituto.

—¿Han venido aquí solamente para decirme eso? —preguntó Constance orgullosamente.

—No, claro que no —respondió el pistolero. Se volvió hacia mí—.

Gurrick, mis jefes quieren hablarte.

—Yo no soy... —empecé a decir, pero desistí al instante. Por lo visto, todo el mundo me estaba tomando por aquel condenado Ray Gurrick, cuyo paradero nadie sabía, por lo visto. Según podía darme cuenta, todos estaban convencidos de que Gurrick “había vuelto” y empezaba a tener la sensación de que, a partir del momento en que Duffy me había encontrado en el “Travy’s”, todos los malos ratos destinados al genuino Gurrick me los iba a llevar yo.

El pistolero emitió una irónica sonrisita.

—Bueno, bueno —dijo con apacible acento, tras el cual latía una indudable amenaza—, vamos a ver a los jefes. Están ansiosos de echar una parrafada contigo, Ray.

Era inútil discutir con aquellos tipos. Se trataba, sencillamente, de dos “torpedos” o “gorilas”, como quiera llamárseles, en la jerga del hampa, los cuales habían recibido una orden de sus jefes y la cumplirían pese a todas las protestas que se les pudieran formular. Tratar de disuadirles resultaría tan fructífero como pedir clemencia a un muro de cemento.

—Muy bien —accedí—. ¿Y la chica?

—Se viene con nosotros, naturalmente.

Miré a Constance. Estaba muy pálida, pero parecía mantenerse con cierta serenidad. ¡Maldita sea! ¿Por qué se habría dejado convencer por un asqueroso tipo llamado Pete Borso?

Ella se inclinó y tomó del diván una estola de piel con la cual se cubría los hombros.

—Estoy dispuesta —manifestó con voz átona.

—Pues andando —gruñó uno de los gorilas.

CAPÍTULO VI

Media hora llevábamos en presencia de Bleecker y Bitino, los jefes de los pistoleros que nos habían llevado hasta allí, los cuales, al parecer, eran enemigos jurados de Gurrick. Pero puesto que ahora estaba yo desempeñando el papel de este último, era lógico suponer que si querían deshacerse de un competidor, fuera yo el que acabase pagando los vidrios que no había roto.

Los pistoleros habían venido solos. Uno de ellos condujo el auto que ya tenían dispuesto a la puerta de la casa donde vivía Constance. El otro se sentó en el asiento trasero, colocando a Constance entre él y yo. Entonces, el gorila, riendo como una hiena, había dicho:

—Oye, Ray, tengo mi pistola apoyada en el costado de esta chica tan linda. Si intentas algo, ella será la primera en pagar las consecuencias. ¿Enterado?

¿Qué podía hacer uno en semejantes condiciones? Resignarse, naturalmente, y dejar que le llevaran al matadero. Porque estaba seguro que no iba a ver el amanecer siguiente.

Bleecker y Bitino, “mis” dos enemigos jurados estaban en una suntuosa habitación, tan vasta como el hangar de un campo de aviación y decorada con un lujo oriental, de gusto pésimo, infame, que horrorizó a un estético como yo. Bleecker era un tipo obeso, rechoncho, porcino. En cambio, Bitino era un tipo delgado, fino como una espada y con los ojos más crueles que jamás he visto. A su lado estaba un hombre de cráneo pelado, enorme como una montaña de carne y con unas manos capaces de partirme en dos con toda facilidad. Los pistoleros que nos habían capturado quedaron a retaguardia de nosotros.

Bleecker hacía descansar su enorme humanidad en un cómodo sillón, en tanto que Bitino permanecía en pie, con ellos ligeramente separados. La montaña de carne, que no mucho más tarde supe respondía al nombre de Emil, estaba a dos pasos de distancia, como guardando a la pareja de forajidos con su sola presencia.

Bleecker sonrió torvamente al verme.

—¿Qué tal, Ray? Parece mentira volvernós a ver, ¿eh? Francamente, no creí nunca que fueras hombre con la suerte suficiente para salir con vida después de aquello.

—Acabemos de una vez —dije hoscamente—. ¿Qué infiernos quieres

de mí?

Bleecker se incorporó levemente.

—Gurrick —dijo—, ¿orees que siempre podrás tener tanta suerte como en South Nesh?

Estuve a punto de decirle que yo no era Gurrick, que el hombre a quién habían ametrallado en South Nesh era un doble —forzoso— del pistolero que tanto les estorbaba, pero... cuando mis propios hombres me habían confundido con él, ¿qué podía hacer?

—Bueno, la suerte... es cuestión de suerte—dije, tratando de hacer un chiste.

Bleecker se golpeó el muslo con gran alboroto.

—Este Gurrick —rio—. Siempre dije que era un sujeto de magnífico humor; Oye, Bitino —se dirigió a su compinche—, ¿sabes lo que estaba haciendo en “Travy’s”? Se hacía pasar por dibujante. ¿Qué te parece? ¿No es verdad que es estupendo? —Bleecker volvió a reír, hasta que se le saltaron las lágrimas—. ¡Ray Gurrick dibujante! ¡Pero, qué gracia tiene!

Su gelatinoso cuerpo se agitaba como sacudido por un terremoto, mientras que las carcajadas brotaban estentóreas de su boca de labios gruesos y morcilludos.

De pronto dejó de reír y me apuntó con un dedo índice corto y gordo.

—Escucha, Ray —dijo—, una vez saliste con bien de la aventura, pero no quiero que ahora ocurra lo mismo.

—¿Qué diablos piensas hacer? —dije, temblando interiormente.

—¿Tan poca imaginación tienes? —El acento de Bleecker, pese a su aparente jovialidad, infundía pavor—. Tú no me viste, pero yo me he dado cuenta de que estabas espiándome en el “Travy’s” a fin de prepararme una encerrona. Pero soy un chico listo y envié a dos de mis hombres a buscarte. Y —su voz se endureció repentinamente—, ¡te aseguro que esta vez no habrá errores de puntería!

Tragué saliva. En efecto, aquella vez, la cosa iba en serio. ¿De qué me serviría declararles mi verdadera identidad? En primer lugar, no me creerían, y en segundo, aunque llegasen a convencerse de que no era Gurrick, me quitarían de en medio a fin de suprimir un estorbo. Por cualquier ángulo que lo mirase, la cosa no tenía remedio.

—¿Y la chica? —pregunté.

Bleecker la miró con expresión ávida.

—¿Qué te parece a ti, Bitino? —preguntó.

Bitino se dignó moverse un poco. Sólo hizo un gesto, aunque altamente significativo: bajó el pulgar, a la manera de los romanos cuando condenaban al gladiador herido. No dijo ni pío, pero era suficiente.

Bleecker emitió un melancólico suspiro.

—Una muchacha tan estupenda —dijo—. Y a ti no parecía importarte demasiado la faena que te hizo en South Nesh, ¿verdad, Ray Gurrick?

Me encargó de hombres. ¿De qué me serviría contestarle?

—Bueno —exclamó el gordo—, lo siento mucho, Gurrick, pero habrás de convenir conmigo en que no me queda otro remedio que hacer lo que hago. Ponte en mi lugar y procura comprenderme.

—Nunca he comprendido a las serpientes —dije ofensivamente.

Los ojos de Bleecker chispearon repentinamente. Luego hizo con la mano un gesto de indiferencia.

—Está bien. Randy, Ollie, bajarlos al sótano. Emil acompáñalos, ¿quieres?

—Sí, jefe —contestó inexpresivamente la montaña de carne.

Bitino se movió por primera vez. Cruzó parte de la habitación y tocó un resorte, que provocó el movimiento de giro de una librería simulada, dejando así al descubierto la entrada a un sótano. Un lugar ideal, silencioso y solitario, para despenar a dos personas, sin que nadie se enterase.

Constance y yo fuimos empujados hacia adelante, sin ninguna ceremonia. Ella me miró; estaba terriblemente pálida. Imagino que mi cara no debía presentar mejor aspecto.

Caminé renuamente hasta la entrada al pasadizo que conducía al sótano. Mientras tanto, mi cerebro trabajaba activamente, buscando un medio de escapar de aquella encerrona. Pero no encontraba ninguno, por más que me esforzaba en ello. Y, sin embargo, si queríamos vivir, era forzoso que intentase hacer algo. Pero, ¿qué, Dios mío?

Uno de los rufianes, Randy, pasó delante de nosotros, con una pistola en la mano, seguramente para guiarnos en el descenso, porque aquella escalera, en túnel, estaba muy oscura. Emil y el otro caminaron detrás de nosotros. Constance iba la segunda de la hilera y yo el tercero.

La escalera se acabó bien pronto, cuando hubimos descendido el equivalente a un piso. Randy se detuvo, cambió la pistola de mano y alargó la otra para abrir la puerta. Apenas lo había hecho, pegué a Constance un fuerte empujón, arrojándola sobre el pistolero.

Los dos rodaron por el suelo, dentro ya de un sótano iluminado, de paredes completamente desnudas, sin un solo mueble. Al caer, Randy extendió los brazos para buscar un apoyo, a la vez que soltaba una espantosa maldición. La pistola se le escapó de la mano y resbaló por el cemento.

Era preciso actuar rápidamente si quería salvar nuestras vidas. Detrás de mí sonó un enérgico reniego.

Giré rápidamente sobre los talones, agarrando la mano armada de Ollie, en el mismo instante en que se disponía a descargarme un golpe con su pistola. Di un fuerte tirón de su brazo, atrayéndolo hacia mí. Al mismo tiempo, bajaba un poco la cabeza.

Ollie se encontraba un peldaño más alto que yo. Las consecuencias de

mi acción resultaron funestas para su nariz. Oí un aterrador crujido y el tipo se desinteresó momentáneamente de lo que ocurría en la entrada del sótano.

Pero delante de mí estaba Emil, la montaña de carne. Los ojos del coloso brillaron con el placer anticipado de quien espera una buena lucha y sabe que ha de ser el vencedor, suceda lo que suceda. Relamiéndose por anticipado, avanzó hacia mí.

Retrocedí lentamente. Emil apartó de un manotón a Ollie, el cual continuaba muy ocupado con su nariz. Entré en el sótano, caminando de espaldas. Me extrañó no tropezar con Constance o con Randy, no me atrevía a desviar la vista de la cara de Emil.

Retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la pared. Entonces pude ver, en un vistazo que duró apenas una décima de segundo, a Constance, la cual se había apoderado de la pistola caída a Randy y mantenía a este a raya bajo la amenaza del arma. Por lo visto, tampoco se atrevía a perder de vista al forajido, con lo que su ayuda, si bien notable, no era todo lo activa que yo hubiera deseado. Un tiro a Emil me habría ahorrado unos segundos de pánico. Sólo con verle la cara, podía darme cuenta de que el gigante pensaba disfrutar rompiéndome el espinazo con sus poderosos brazos.

Decidí pasar al ataque, rompiendo aquella momentánea tensión. Levanté el pie y fingí atacar el vientre de mi oponente. Emil captó mi intención y bajó las manos, dispuesto a asirme por el tobillo y voltearme en el aire. Esto era precisamente lo que yo andaba buscando.

Salté hacia adelante y estrellé el puño contra su nariz, machacándosela despiadadamente. La sangre brotó a chorros del apéndice maltratado, en tanto que Emil lanzaba un bestial rugido de furia.

El gigante se lanzó sobre mí, con los brazos extendidos, con el fin de apresarme entre ellos y quebrarme las costillas. Agaché el cuerpo y salté a un lado, dejando que se estrellara contra la pared. Inmediatamente le aseté un terrible puntapié en una pierna, de costado, a la altura de la rodilla.

Emil rugió como una fiera herida y se volvió hacia mí. Entonces moví la mano derecha en semicírculo ascendente, de izquierda a derecha, y estrellé el filo de la mano contra su laringe.

Los ojos de Emil se dilataron espantosamente, a la vez que su boca se abría de un modo espantoso. Gritaba, pero no podía emitir el menor sonido. Ahora sí, ahora alcé el pie y se lo clavé en la ingle con todas mis fuerzas.

El gigante soltó un atroz ronquido y se dobló sobre sí mismo, hacia adelante. Bajé el puño y le golpeé detrás de la nuca, haciéndole desplomarse al suelo. No perdió el conocimiento, pero estaba incapacitado por unos momentos para combatir.

—Mantón a raya a ese tipo —grité a Constance, mientras me lanzaba como un huracán hacia la salida del sótano.

El golpe que había asestado a Ollie debía haber sido muy fuerte, porque el tipo andaba a vueltas aún con su apéndice nasal. No obstante, me vio cargar sobre él y trató de sacar su pistola.

Aquellos breves segundos de combate me habían hecho ver una cosa: cuando a un hombre se le golpea con fuerza en la nariz, su resistencia queda disminuida en un noventa por ciento. Y la de Ollie me atraía particularmente, así que la volví a golpear de nuevo, sañuda, implacablemente, poniendo en el empeño todas mis fuerzas. Ollie lanzó un alarido bestial y se sentó en el primer peldaño, sollozando como un chiquillo. Despojarle de su pistola resultó para mí una cosa sumamente sencilla.

Regresé al sótano. Emil se incorporaba en aquel momento. Cambié de postura la pistola de Ollie, agarrándola por el cañón, y le golpeé en la nuca con la culata. Emil abrió los brazos y se derrumbó, ahora sin conocimiento.

Respiré hondo. Estaba vivo, pero no acababa de creérmelo. Miré a Constance, la cual continuaba apuntando con el arma a Randy.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó la muchacha.

—Escapar, claro.

—Arriba están los otros dos.

—Saldremos, no, te preocupes. —Me acerqué a Randy y le puse la pistola bajo las narices—. ¿Te gustaría un balazo aquí, para procurarte una forma más cómoda de respirar? —pregunté ominosamente.

Randy empezó a sudar. Una gota de transpiración resbaló por la punta de su nariz.

—La puerta que da a la habitación de arriba es muy gruesa; seguramente, y no permite que se oigan los tiros, ¿no es cierto?

—Sí —asintió el pájaro con voz debilísima.

—¿Qué hay que hacer para que nos abran?

—Llamar... dos golpes, uno y dos...

—Muy bien. Es todo lo que deseaba saber. —Alcé la rodilla y se la clavé en el vientre. Cuando se doblaba hacia adelante, le di un golpe en la nuca con el cañón de la pistola. Randy emitió un profundo suspiro y se desmayó.

—Lamento haber tenido que empujarte, Constance —dije, tuteándola maquinalmente—, pero si no lo hubiera hecho, ahora estaríamos tendidos en el suelo.

—No te preocupes —contestó ella, con voz baja, pero muy agradable de escuchar. ¡Condenada mujer! ¿Por qué había ido a liarse con un buitre como Pete Borso?

—Muy bien. Celebro que lo tomes con tanta filosofía. Y ahora vamos a ver cómo salimos de aquí.

Emprendí el ascenso, agarrando con la mano izquierda la de Constance. La puerta estaba cerrada.

Toqué con los nudillos: dos golpes, uno y dos. Esperé.

La librería empezó a girar lentamente. La figura de Bitino apareció ante mis ojos.

Antes de que hubiera tenido tiempo de recuperarse de la sorpresa que le producía mi inesperada “resurrección”, le asesté un tremendo golpe con el cañón de la pistola en lo alto de la frente. Bitino se desplomó sin lanzar un solo gemido.

Salté al centro de la habitación. Torpemente, con los ojos desorbitados por el asombro y el espanto, Bleecker trataba de levantarse de su sillón, a la vez que metía la mano bajo la chaqueta.

Me detuve a tres pasos de él, con los pies ligeramente separados y la pistola firmemente encarada hacia su prominente vientre.

—Si mueves una sola pestaña, juro que te lleno las tripas de plomo —dije.

Bleecker se quedó de piedra. Entonces avancé hacia él y, suavemente, con la pistola apoyada en su labio superior, le quité la suya, arrojándola a un rincón de la habitación.

Tenía el rostro grisáceo y sudaba copiosamente.

—Ray... ¿q... qué es lo que vas ah... hacer? —tartamudeó.

—Escucha —dije en el tono más truculento que supe hallar—, hace unos meses, me tendisteis una trampa en South Nesh. Podría liquidaros ahora y te aseguro que no me remordería la conciencia, pero prefiero dejaros vivir y pensar en lo que os sucederá, si volvéis a meteros conmigo. La próxima vez que hagáis algo, no tendré compasión de vosotros. ¿Está claro?

La papada de Bleecker temblequeó cuando hizo un movimiento afirmativo.

—Muy bien —dije—. De todas formas, no quiero marcharme sin dejarte un recuerdo mío.

Estaba furioso. Cada vez que recordaba el cañón de la metralleta llameando a cuatro metros de mí, me ponía al borde de la locura. Alcé el cañón de la pistola y machaqué aquellos labios salchichudos.

Bleecker cayó al suelo, gritando y revolcándose. Rematé mi faena con un feroz puntapié en su parte más carnosa, que lo arrojó a dos pasos de distancia. Luego agarré el brazo de la chica.

—Salgamos —dije.

Constance no se atrevió a replicarme.

CAPÍTULO VII

Caminamos silenciosamente durante un buen rato, hasta habernos alejado de la casa de Bleecker y Bitino lo suficiente como para no temer nada de ellos. Todavía no podía creer en mi buena fortuna lo que me había pasado aquella noche. Si cuando me hacían descender hacia el sótano, me hubieran asegurado que iba a derrotar nada menos que a cinco de los más peligrosos forajidos que jamás he conocido, habría tachado de loco al que se hubiera atrevido a formular tal afirmación. Y, sin embargo, allí estaba, vivito y coleando, aunque sudando de miedo cada vez que me acordaba del espantoso rato que había pasado.

De pronto vi venir un taxi hacia nosotros. Alcé la mano y el vehículo se detuvo junto al bordillo de la acera.

—Entra —dije—. Y adiós.

Constance me miró, extrañada.

—¿Adiós?

Apreté los labios.

—Estás viva porque yo tenía que salvar mi vida —dije duramente—. Pero de ahora en adelante, no me importa lo que te ocurra. Puedes vivir cien años, o puede también que esos tipos te atrapen mañana y te despellejen viva... después de haber disfrutado de tus numerosos encantos.

Constance retrocedió un paso. Abrió y cerró la boca, sin conseguir emitir el menor sonido.

Continué:

—Confieso que llegaste a gustarme. Pero no puedo olvidar que, por salvar la vida de un repugnante granuja, pusiste la mía en peligro.

—Ellos me juraron que, solo querían intimidarte...

Abrí la puerta del taxi, la agarré por un brazo y la empujé con violencia.

—¡Adentro y al diablo, zorra! —barboté. Luego metí la mano en el bolsillo y arrojé al chofer un par de billetes—. Lleve a esta pájara adonde le indique. Si por casualidad le dice que quiere tirarse al Hudson con una piedra al cuello, dele gusto.

El conductor me miró aterrado. Embragó, pisó el acelerador y salió de estampida. Sin duda debía ofrecer yo un aspecto espantoso.

Lo último que escuché fue un angustioso grito de Constance.

—¡Rex!

Pero no volví la cabeza.

Unos pasos más allá, encontré otro taxi. Le indiqué la dirección de mi domicilio, al cual llegué media hora más tarde. Aboné la carrera y subí a mí apartamento.

El lujo de tiempo atrás, se había reducido, ahora, a una infecta habitación, cuyo solo aspecto infundía náuseas. Recogí mis escasas pertenencias, arrojé la poca ropa que me quedaba en una maleta y me dispuse a abandonar aquel lugar. No tenía ganas de que los secuaces de Bleecker y Bitino vinieran a hacerme una visita de improviso.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el dinero que me había entregado Duffy. Asombrado, conté más de mil dólares.

Reflexioné unos momentos. Disponía de una suma suficiente para vivir, sin trabajar, unos cuantos meses. Y, ¿por qué no hacerlo? me dije. Podía alquilar una habitación, comprar útiles de dibujo y trabajar intensamente durante tres meses, componiendo escenas que luego procuraría vender a las agencias de publicidad. En lugar de buscarme un empleo fijo, ¿por qué no tratar de situarme como dibujante independiente? Conocía la profesión y sabía que había muchos que se ganaban muy buenos dólares actuando de tal forma. ¿No podía yo engrosar sus filas? Mas para ello, claro está, debía antes trabajar unas cuantas semanas, a fin de poder presentar una buena colección de trabajos a mis futuros compradores. No se podía ir y decir: “Soy un magnífico dibujante”, sino que era preciso demostrarle. Y con un solo dibujo no se podía hacer.

No me remordió en absoluto el quedarme con el dinero que me había entregado Duffy. A fin de cuentas, lo estimaba como una mínima compensación de lo que había pasado hasta entonces. Con una suma veinte veces mayor no habrían podido pagar todos mis sustos, eso sin contar los meses de hospital.

* * *

Seis semanas más tarde, tenía ya una buena colección de dibujos en el pequeño estudio que había alquilado en la calle Gansevoort, situada en el extremo N.O de Greenwich Village, no demasiado lejos de Jackson Square. Muchos de ellos procedían de apuntes tomados al natural en el pequeño parque de Jackson Square: niños jugando, ancianos, parejas de enamorados, esbeltas muchachas caminando con un perrito... pero, aunque estaban muy bien logrados, les faltaba un no sé qué, acaso algo de vida y de calor.

Puse los que estimé mejores en semicírculo, a lo largo de los muros del estudio y me pasé un buen rato observándolos detenidamente. Sí, eran unos buenos dibujos, evidentemente, y técnicamente, no había el menor reproche que formularles. Pero no eran la clase de dibujos que habría,

adquirido el director artístico de una agencia de publicidad.

¿Entonces...?

Faltaba el dibujo con gancho, con imán; el dibujo que atrae instantáneamente las miradas de todo el mundo, hombres y mujeres; los hombres por recrear la vista en la imagen, grabada y las mujeres porque les gustaría parecerse a ella.

Sencillamente, me faltaba una modelo.

Necesitaba una mujer que posara para mí en todas las actitudes imaginables. Los dibujos de memoria no salen bien, son fríos, inexpressivos, les falta ese toque de vitalidad que les confiere la realización a base de un modelo viviente. Pero yo no tenía a ninguna modelo a mano.

Pensé en uña, pero deseché ese pensamiento de inmediato, con una dolorosa punzada de amargura. “Olvídala, Rex”, me dije, suspirando.

Al cabo de unos minutos, recogí los dibujos y empecé a hacer una evaluación de mi capital. En seis semanas, contando con los gastos de instalación, había consumido cerca de cuatrocientos dólares. Pero aún me quedaban más de seiscientos, con los cuales, bien administrados, podía tirar tres meses más. No obstante, si pagaba a una modelo —y las modelos, hoy día, cobran que es un contento—, ese plazo podía reducirse a la mitad o menos...

A pesar de todo, tenía que hacerlo. O de lo contrario, acabaría de nuevo vendiendo mis dibujos por los cafetines a cincuenta centavos la pieza. Lanzando un suspiro de resignación, me vestí y salí a la calle.

Unas horas más tarde, podía leer en el periódico mi anuncio.

“Modelo para dibujante publicitario, necesitase en Oanesvoort Street, 56. Imprescindible buena presencia”

Eso era todo. Ahora solo faltaba que se presentase la modelo, y ajustásemos el precio. Seguramente, por horas y no esperaba que me cobrase a menos de cinco dólares la hora. Con dos diarias de sesión, en un mes habría consumido la mitad de mi capital. Tendría que aprovechar mucho el tiempo si quería obtener alguna utilidad de la inversión.

La modelo se presentó al día siguiente. Era alta, espigada, de cintura flexible y curvas armoniosas. El sueño de un dibujante... que no se llamase Rex Grissom.

* * *

Me tapé los ojos con una mano, en tanto que con la otra me agarraba a la jamba de la puerta para no caerme al suelo.

—No, Dios mío —murmuré, abrumado.

Constance se mantuvo un poco más firme que yo, pese a la enorme

sorpresa recibida.

—Hola, Rex —dijo en voz baja, aunque perfectamente audible.

Separé dos dedos para mirarla a través de la abertura.

—¿Quién diablos te dijo que vivía aquí?

Me presentó el anuncio del periódico.

—Nadie. Estoy buscando trabajo, es todo.

—Está visto que no voy a poder despegarme de ti —rezongué de mal talante, a la vez que me echaba a un lado. Puesto que necesitaba una modelo, ¿qué importaba que fuese una u otra? Y Constance, eso había que reconocerlo, tenía un cuerpo estupendo para trasladarlo al papel—. Entra.

Cerré la puerta. Constance vestía una sencilla blusa de hilo blanco, una falda gris perla y zapatos negros, altos, de salón, muy escotados. La blusa, en cambio, era de cuello y puños cerrados, lo cual, a mí entender, le prestaba un atractivo innegable. Tenía el pelo cuidadosamente peinado, sujeto parcialmente por una ancha banda negra que pasaba un poco por detrás de su frente e iba a recogerse, escondiéndose, detrás de la nuca. En la mano traía un pequeño maletín.

—Dámelo —dije. Y lo dejé en una silla. Luego me metí en una pequeña cocina, de la cual salí a poco con una cafetera y dos tazas—. Siéntate por dónde puedas.

—Gracias —contestó ella sosegadamente.

Tomamos el café en completo silencio. Después le ofrecí un cigarrillo que ella rechazó contundentemente. Yo encendí el mío, mientras pensaba en el modo de reanudar la conversación. ¡Aquel maldito Borso!

—Bueno —dijo ella—, ¿cuándo empezamos?

—Espera un momento —alcé la mano—. Antes quiero saber por qué te has ofrecido como modelo.

—Es preferible seguir este camino que no otros mucho peores —contestó, dirigiéndome una oscura mirada.

—No importa el arrepentimiento, aunque llegue tarde, si es sincero —expresé.

—No tengo nada de qué avergonzarme, Rex —exclamó con vehemencia—, aunque tú puedas pensar lo contrario. Bueno —agregó con un poco de sonrojo en sus mejillas—; solo de haberte atraído a aquella trampa. Pero tenía que hacerlo, créeme.

—Ya, ya—dijo con sorna—. De modo que no tienes nada de qué arrepentirte. Bien, hay puntos de vista y la democracia consiste en eso precisamente, en respetar el criterio del contrario.

—Perfectamente —manifestó Constance con glacial acento—. Ahora, deseo saber si te sirvo para modelo o me rechazas.

—¿Necesitas el dinero?

—Si así no fuera, no estaría ahora aquí, Rex.

—¿Cuánto quieres cobrar?

—Lo acostumbro.

—Cinco dólares por hora. Esa es la tarifa, más o menos. Claro que si fueras modelo en un estudio fotográfico y te hubieras creado un nombre, podrías pedir diez veces más justificadamente. Tal vez —añadí cruelmente—, haciendo también algunas concesiones.

Sus labios se apretaron, pero supo contener la respuesta.

—Acepto —dijo con voz neutra—. ¿Qué ropa he de ponerme?

Reflexioné unos momentos.

—Pasa al cuarto vecino y ponte una sábana. Quiero hacer una especie de diosa griega, envuelta en una túnica. Quítate la banda que tienes en el cabello; no me sirve para mis propósitos.

—Traje un bañador —expresó—. Pensé que podría necesitarlo.

—Quizá en otro momento. Ahora, lo que trate de hacer son bocetos, para convertirlos luego en diseños definitivos.

—Muy bien —respondió. Se puso en pie, recogió el maletín y pasó a la habitación contigua, en donde yo tenía un pequeño dormitorio.

Me serví una taza de café y encendí un segundo cigarrillo. La vida tenía a veces esos sarcasmos. Heme aquí, perdidamente enamorado de una mujer... que había sido tiempo atrás la digamos, compañera de un rufián, un hampón, un sujeto vil y despreciable, cuyos días habían terminado de manera tan violenta como, seguramente, bien merecida. Constance había sido para Borso la chica rubia que sale en todas las películas de *gangsters*, esa prójima que apoya negligentemente un codo en el hombro de su fulano, mientras el pájaro, con un pitillo colgando, como al descuido, del labio, juega al póker con sus compinches, discutiendo las jugadas al mismo tiempo que el plan ideal para eliminar a la banda competidora o dar un buen golpe en el Banco de la esquina. Eso era lo que había sido Constance para Borso, y cada vez que me imaginaba una escena semejante, me mordía los puños da rabia.

Constance salió al cabo, envuelta en la sábana. Uno de sus mórbidos hombros quedaba al descubierto, pero, sin embargo, no había sabido colocarse la prenda adecuadamente. Tuve que arreglarle los pliegues de la falsa túnica, después de haberla hecho tenderse negligentemente sobre un diván. Cerró los ojos un momento y se sonrojó cuando dejó sus piernas casi al aire, pero no dijo nada.

Trabajé furiosamente durante dos horas, procurando concentrarme en la labor. Yo creo que el dibujo me salió tan bien, precisamente por la cólera que me dominaba. Al fin, arrojé el lápiz a un rincón y me puse en pie. En aquellos ciento veinte minutos, no habíamos cruzado una sola palabra.

—Ya puedes vestirme.

Constance se puso en pie y salió en silencio. Regresó quince minutos más tarde. Entonces puse en sus manos un puñado de billetes.

—Te pago una semanada adelantada, a razón de diez dólares diarios. Ven todos los días de tres a cinco.

Ella asintió en silencio. Su labio inferior temblaba visiblemente. Parecía querer decirme algo, pero si lo pensó, se lo guardó para sí misma.

—Hasta mañana, Rex.

—Plasta mañana.

Cuando hubo salido, quedé largo rato solo, en pie, pensando furiosamente. Tan pronto pensaba en empacar mis cosas y largarme a mil millas de Nueva York, como en echar a correr tras ella y olvidar todo lo pasado. Finalmente, busqué y obtuve una solución ecléctica, ni lo uno ni lo otro: un buen trago.

Pero daba la casualidad de que no tenía en casa más alcohol que el del masaje del afeitado. De modo que, rezongando por mí falta de previsión, me cambié de ropa y salí del estudio.

Apenas había puesto el pie en la acera, una mano me agarró por el brazo, al mismo tiempo que oía una exclamación jubilosa.

—¡Jefe! ¡Por fin!

CAPÍTULO VIII

Estuve a punto de machacarle las narices, pero pasaba mucha gente y no quería líos en plena calle. De modo que, dominando mis instintos asesinos, me volví hacia Duffy y traté de ponerle la mejor cara posible.

—Hola —dije, sin ningún entusiasmo.

—Ya era hora de que se le viera el pelo, jefe —exclamó el tipo, alborozado—. Lo que nos ha costado encontrarle... pero ahora eso ya no importa. ¿Sabe? nos enteramos de la faena que les hizo a Bleecker y a Bitino. Están que muerden, porque se han dado cuenta que todo el mundo se ha corrido la gran juerga a su costa. —Duffy me miró con indudable admiración—. Jefe, solo un tipo de sus redaños podría haber hecho una cosa semejante.

—Está bien, está bien —mascullé—. Basta ya de coba, Duffy. Me gustaría saber cómo me habéis encontrado.

—Pues es bien sencillo: siguiendo a la prójima de Borso... bueno, ahora es su chica, jefe. Ella ha sabido guardar bien el secreto de su escondite, ¿eh? Pero yo me dije que un día u otro tendría que venir a verle y... Jefe —añadió con expresión dolorida—, ¿acaso no confiaba en nosotros?

—Claro que sí, Duffy. Pero, imagínate que esos tipos te atrapan y te hacen cantar a la fuerza.

El renacuajo abombó el pecho.

—Jamás me hubieran sacado una sola sílaba, jefe, se lo garantizo —dijo enfáticamente.

Me admiró aquella lealtad tan mal empleada. Antes de que pudiera seguir, Duffy tiró de mí.

—Tengo aquí un coche. Lindsee y Boggan vinieron conmigo por si esos hijos de perra querían meterse con usted.

—Les hubiera dado su merecido —contesté tranquilamente.

—Sí, pero de un tiro por la espalda, nadie se libra —dijo el renacuajo en tono sentencioso—. ¿Vamos?

—¿A dónde? —inquirí, no muy convencido aún de la legitimidad de tales efusiones.

—Pero, jefe, ¡qué memoria la suya! A nuestro cuartel general. ¿Ya no se acuerda?

—Sí, está bien —dije—. Anda, vamos.

No había modo de zafarme de aquel tipo sin hacerme sospechoso. Si llegaba a enterarse de que yo no era su “adorado” jefe, me pegaría dos tiros con la mayor tranquilidad del mundo. Y, además, empezaba a ocurrírseme una idea... Aquellos siete balazos me escocían aún.

Entré en el coche y saludé con una sonrisa.

—Hola, chicos —dije—. Me alegro de veros.

—¿Qué tal, jefe? —dijo un tipo de rostro de piedra y ojos grises. Era Lindsee.

—Encantado de trabajar de nuevo para usted —murmuró Boggan, al volante del auto.

—Me alegro —murmuré, arrellanándome en el asiento posterior. Saqué un cigarrillo y Duffy se apresuró a encendérmelo obsequiosamente.

El coche arrancó en el acto.

* * *

Rodamos por la calle Greenwich en dirección Sur. Ignoraba por completo adónde me llevaban aquellos tipos, aunque me suponía que sería a algún infecto tugurio, situado en un lugar discreto y, por supuesto, bien alejado de las miradas policiales. No tardé mucho en comprobar mi hipótesis.

Al llegar a la calle Christopher, doblamos hacia el oeste, dejando el Edificio Federal a nuestra izquierda. Así salimos a West Street, a orillas del río Hudson, justo enfrente de la terminal del transbordador de Hoboken. Seguimos después en la primitiva dirección sur, hasta alcanzar West Houston, a la altura del muelle Treinta y Nueve. Entonces Boggan tiró a la izquierda y luego a la derecha, deteniendo el coche frente a la puerta de un viejo almacén que daba la sensación de estar abandonado hacía mucho tiempo.

—Ya estamos, jefe —dijo Duffy con gran satisfacción.

Salté al suelo y aventuré una frase.

—Todo está igual —dije.

—Claro —rio el renacuajo—. Aquí no viene nadie. Ni siquiera las parejas por la noche a hacerse el amor. —Y volvió a reír estridentemente.

Boggan abrió una puerta falsa situada en uno de los costados del gran portón de acceso al almacén y se echó a un lado respetuosamente para dejarme pasar. Crucé el umbral y penetré en un vasto recinto, en el que no había más que dos coches, muy nuevos, eso sí, y un montón de cajas de embalaje completamente vacías. En uno de los rincones divisé un foso para reparaciones de los vehículos, con los correspondientes aparejos de grúas y cadenas para elevarlos en el aire.

Junto al foso nacía una escalera de peldaños de hierro que ascendía pegada al muro, hasta terminar en una puertecita situada en la pared frontera. Sin la menor vacilación, con el pecho bien hinchado en todo momento, emprendí el ascenso.

Duffy se me adelantó al llegar al pequeño descansillo de la parte superior.

—Horey y Rip están aquí adentro —dijo en voz baja. Luego tocó con los nudillos en la puerta, siguiendo una señal convenida.

La puerta se abrió segundos después. Una cara se asomó por la rendija.

—Hola, Rip. Mira a quién te traigo —dijo Duffy.

Rip y yo nos miramos fijamente durante unos segundos, en medio de un completo silencio. El tipo estaba completamente desconcertado. No sabía si era yo o Gurrick.

Pero había una manera de disipar sus dudas, siquiera fuese por un momento. Estiré la mano, se la puse en la cara y lo empujé hacia atrás.

—Apártate —dije secamente. Y crucé el umbral.

La habitación medía unos cuatro metros de lado y tenía una mesa y media docena de sillas. Una lámpara polvorienta, con pantalla cónica de color verde, alumbraba la estancia con una luz apagada, desagradable. Encima de la mesa había unas cartas y, además, una botella y unos cuantos vasos. El otro gorila que me sacudiera en South Nesh estaba sentado ante la mesa con expresión petrificada. Debía tratarse de Horey, deduje.

Al otro lado de la mesa divisé una pequeña puertecita. Atravesé la pieza y la abrí, mirando la estancia. Era un pequeño cuarto de aseo y estaba vacío.

Me volví hacia los forajidos. Era preciso imponerse a ellos si quería seguir desempeñando mi papel satisfactoriamente. Por lo visto, el auténtico Gurrick estaba escondido, Dios sabía dónde, pero esto solo lo sabía yo, que no era Gurrick, por supuesto.

—Aquí falta alguien —dije hoscamente.

—Es Budd —contestó Duffy en tono obsequioso—. Debe estar ahora en...

—No me importa dónde esté —corté ásperamente—... Duffy, ¿le dijiste que me habías encontrado?

—Sí, claro. Mientras esperaba a que salieras —no sabía si subir a buscarte, porque a lo mejor no te gustaba—, hice que Lindsee le avisara por teléfono.

Miré al aludido.

—¿Es cierto eso?

—Sí, jefe —corroboró el hampón.

—¿Y qué te dijo él?

—Que vendría en cuanto pudiera.

Miré a los dos gorilas de South Nesh.

—Quiero que vayáis a buscarlo inmediatamente. Si antes de una hora no está aquí, os arrancaré el pellejo a los tres... ¡Pronto!

Amedrentados por mí tono, Horey y Rip escaparon a todo correr,

dejándonos solos a los cuatro. Entonces yo, con teta tranquilidad, me despojé de la chaqueta y la coloqué en el respaldo de una silla. Luego me senté y agarré la botella. Llené un vaso y lo despaché de un golpe. Realmente, necesitaba un buen trago.

Los otros tres me miraban con cara estupefacta.

—Sentaos —dije secamente—. Jugaremos unas mónitas de póker mientras llega ese estúpido Curt.

Los rufianes obedecieron. Recogí las cartas, las barajé y empecé a servir...

—A cinco pavos la puesta —anuncié, colocando los primeros cinco dólares míos sobre la mesa—. Duffy.

—¿Sí, jefe? —preguntó ansiosamente el renacuajo.

—Escucha, después de lo que hice con Bleecker y Bitino, he tenido que permanecer escondido durante un tiempo.

—Se comprende, jefe. Deme dos cartas.

—Ahí tienes. ¿Vosotros?

Lindsee se retiró. Boggan aumentó su puesta a diez dólares. Yo la doblé; tenía un magnífico trío de reinas.

—Tuve que arrojar mi quitapenas por el imbornal de una alcantarilla. Durante este tiempo, no os creáis que he estado parado. Ni mucho menos. ¿Qué dices tú, Boggan?

—Paso —contestó el rufián, lanzando sus cartas sobre la mesa.

—Yo pongo veinte pavos más —dijo Duffy—. ¿Qué es lo que ha hecho, jefe? Tengo tres nueves.

—Yo, tres reinas. Me darás una pistola y el arnés, Duffy.

—Claro, jefe.

A mi derecha, Boggan empezó a recoger las cartas para repartir de nuevo. Yo me embolsé lindamente el puñado de dólares que había ganado en aquella mano.

—Tiré la pistola por temor a un registro inoportuno. —Y añadí audazmente—, durante todas estas semanas, he estado desempeñando el papel de una persona respetable—. Me eché a reír—. Precisamente, de aquel mismo tipo que ocupó mi puesto en South Nesh. Así que ya lo sabéis, si alguien me llama Rex Grissom, no debéis extrañaros por eso. ¿Está claro? Anda, dame una carta, Boggan.

Tenía un siete, un ocho, nueve y un diez de corazones. El bueno de Boggan me entregó el seis del mismo palo.

—Pongo diez machacantes —dije cautelosamente, avanzándolos sobre la mesa—. Pero que haya estado haciendo el papel del dibujante, no quiere decir que me haya dormido en los laureles.

—Doblo, jefe —dijo Lindsee—. ¿De qué se trata ahora?

—Cerca de donde yo vivo —ahí van cuarenta pavos—, hay una tiendecita insignificante—. Esto era verdad, por supuesto, pero yo ya me

había formado un plan—. La atiendo un sujeto de cincuenta años. Parece que se va a caer de hambre en cualquier momento pero también, en cualquier momento, se le pueden encontrar encima dos kilos de heroína pura, como nada. ¿Os imagináis lo que pueden dar de sí dos kilos de heroína?

Boggan subió a cincuenta dólares. Sus ojos brillaban de codicia y no precisamente por las cartas que tenía en la mano.

—¡Rayos! Esa heroína, bien adobada con ácido bórico, podría decuplicarse. Sacaríamos un millón como si tal cosa.

—En eso estoy pensando yo —manifesté—. ¡Mi resto! Debe haber —dije especulativamente—, alrededor de un centenar. No he llevado mucho más dinero encima por no despertar sospechas entre las buenas gentes del barrio. A propósito, Duffy, tengo que devolverte esos mil pavos que me prestaste aquella noche.

—Olvídelo, jefe —concedió el renacuajo magnánimamente—. Con mi parte de ese botín, tendremos más que suficiente. Además, yo también conozco a un buen distribuidor de la droga que... Voy a su resto, jefe.

Miré a Boggan. Este tiró las cartas.

—¿Qué tienes, Lindsee?

—Trío de reyes.

—Yo, *full* de cincos —anunció Duffy.

Eché mis cartas sobre la mesa.

—Escalera real —dije. Y barrí con todo el dinero, más de trescientos dólares. A este paso, iban a solucionarme la paga de Constance durante otro mes más. ¿Por qué diablos había ido a acordarme de ella en aquel momento?

—La tienda es muy pequeña y en ella venden de todo —dije, examinando mis siguientes cinco cartas.

Nada menos que tres sotas y dos ases. ¡Vaya suerte la mía! Abrí con quince dólares, para no levantar sospechas y seguí—: Claro está, no vamos a ir todos; no quiero que la cosa parezca una manifestación pro desarme nuclear. Con tres, hay más que suficiente.

—¿Y qué hacemos con Bleeker y Bitino? —se quejó Duffy—. Nos están comiendo el terreno en el barrio. Desde que tú te fuiste...

—Deja eso de mi cuenta. Ya ves, el otro día, yo solo, les di una lección que no olvidarán en el resto de su vida. Si otra vez vuelven a acercarse por aquí... Pero sigamos jugando. Cuando venga Curt discutiremos el resto de la operación. Si sacamos un millón dé la droga, ¿os preocuparían mucho dos tipos como Bleeker y Bitino?

Lindsee rio ampliamente.

—Nos íbamos a reír de ellos a mandíbula batiente —dijo.

—Os reiréis, lo garantizo —murmuré, mientras examinaba mi *full* de sotas con ojo crítico—. Tanto más, cuanto que, precisamente estaba

esperando que citaseis a esa pareja de bastardos, porque, supongo que os gustará saberlo, el tipo de la tienda está conchabado con ellos.

Una hora más tarde, me había embolsado mil doscientos dólares. Y la partida habría terminado con una ignominiosa derrota de mis contrincantes, a no ser porque en el mismo momento en que acababa de ligar un trío de reyes llamaron a la puerta.

CAPÍTULO IX

Me puse en pie y dejé las cartas boca abajo.

—Yo abriré —dije.

Caminé hacia la puerta, solté el pestillo y abrí.

Estaba pasmado de mi mismo y de mi sangre fría. Allí estaba jugando yo, con una pandilla de los peores criminales, tranquilamente, sin el menor temor y no solamente sin sentir miedo, sino dominándolos, además. Y por si fuera poco, estudiando un plan para dar un golpe que, claro está, solo existía en mi imaginación.

Pero es que yo deseaba desquitarme de Budd Curt y de sus dos gorilas. Ahora bien, mi plan era hacerlo de un modo que pudiéramos llamar correcto, de tal, forma, que más adelante no pudiera remorderme la conciencia. Yo no era un asesino y no iba a liarme a tiros con ellos, solamente por vengar la sucia faena que me habían hecho: Sin embargo, había quién podía ayudarme mucho en mis deseos: la policía, naturalmente.

Budd Curt y los dos gorilas aparecieron ante mis ojos. Curt, alias “Pez Muerto”, aparecía visiblemente aprensivo. Sus ojos se movían erráticos en las órbitas y la lengua entraba y salía casi continuamente, humedeciéndose los labios.

Me eché a un lado y dije:

—Pasad.

Curt fue el primero en entrar. Horey y Rip le siguieron a continuación. Luego eché el pestillo.

—Budd —dije.

“Pez Muerto” se volvió hacia mí.

—¿Sí, jefe? —dijo, muy nervioso.

Moví el brazo izquierdo y le estrellé el revés de la mano en los labios, con todas mis fuerzas —naturalmente, no iba a emplear la derecha; de lo contrario, ¿cómo iba a dibujar a Constance?

Curt lanzó un aullido y cayó de espaldas con los labios ensangrentados. Mí aspecto no debía ser muy agradable de contemplar, porque Horey y Rip se apartaron de mí como si hubieran visto un crótalo a punto de atacar.

Moví el pie y clavé la puntera del zapato en el costado de Curt.

—Arriba, especie de pequeño bastardo —le increpé.

“Pez Muerto” se levantó, con los ojos llenos de lágrimas, buscando afanosamente un pañuelo para restañarse la sangre que le brotaba de los labios.

—Lindsee —dije.

—¿Jefe? —contestó el aludido.

—Tú avisaste a Budd, ¿no es eso?

—Sí, jefe. Le dije...

Levanté una mano.

—Es bastante, Lindsee. Budd, cuando Lindsee te avisó, tú tenías que haber estado ya aquí esperándome. ¿Por qué no lo hiciste?

—Es que, verás, jefe...

Le sacudí un derechazo en el estómago. Ahí se puede pegar duro sin temor a estropearse la mano. Curt gimió y fue a sentarse en una silla, pero en el momento de hacerlo, alargué el pie y la silla fue a parar a un rincón de la estancia. Curt cayó cuan largo era, lanzando un aullido.

—Levántalo, Rip.

El gorila obedeció en el acto.

—Llévalo al cuarto de aseo y que se adecante un poco. Pero lo quiero aquí antes de un minuto. ¿Está claro?

Los dos rufianes se alejaron sin rechistar. Cogí una silla, monté a caballo y recobré mis cartas. Luego empujé un par de cientos hacia el centro de la mesa.

—¿Quién quiere ver mí jugada? —pregunté en tono indiferente.

Boggan y Lindsee se retiraron. Duffy se mantuvo, creo que por adulación más que por buen juego. Me embolsé lo que había en la mesa, más de quinientos pavos. Duffy tenía solo dobles parejas de reinas y ochos.

Guardé todo el dinero. En total, andaba muy cerca de los dos mil dólares. No estaba mal para una sesión, pero me prometí no reincidir, por si acaso.

Encendí un cigarrillo y me serví una copa. Curt y el otro volvieron poco después.

—Sentaos.

Los hampones obedecieron sin rechistar. Con la punta de la lengua, coloqué el cigarrillo en una comisura de la boca y luego extendí el dedo índice en dirección a “Pez Muerto”.

—Budd, lo que has hecho me indica una cosa con tanta claridad como si la hubieras grabado en un magnetofón: has querido aprovecharte de mi ausencia para tratar de ocupar mi puesto. Y eso no se lo tolero yo a ningún, cochino hijo de perro, por muy guapo que sea, cosa que tú no lo eres, por cierto. ¿Me has entendido?

“Pez Muerto” asintió en silencio. Estaba claro que me lo había metido en el bolsillo.

—Si me entero de nuevo de que tratas de jugarme una mala pasada, te

encontrarás con un par de ojales más en el chaleco, así que, espabílate, y si yo te digo que debes bailar de cabeza con unos cascabeles en los tobillos, lo harás. ¿Estamos?

La nuez de Curt subió y bajó espasmódicamente.

—Sí, jefe —dijo con voz temblona.

—Muy bien, eso me gusta. Y ahora, vamos a concretar el plan. Quiero que lo llevéis a cabo tú, Horey y Rip. Escuchadme...

Estuve hablando cosa de diez minutos, echándole fantasía a la cosa y adobándola con detalles ricos en inventiva. Cuando terminé, Curt y los otros habían olvidado ya el incidente y sus ojos brillaban avariciosamente. Éramos siete; puesto que no me costaba nada, prometí cien mil a cada uno de ellos, ciento veinticinco mil a Curt y el resto, trescientos setenta y cinco mil para mí, como jefe de la pandilla. No hubo discusiones; las órdenes fueron aceptadas por aclamación general.

—¿Y cuándo tenemos que dar el golpe?

La pregunta procedía de Curt.

—Yo te avisaré por teléfono y te diré, simplemente, el día y la hora. Esto será suficiente. Puesto que mis ventanas dan directamente frente a la tienda, estaré al acecho para saber cuál es el momento adecuado a fin de no dar el golpe en vano. ¿Me habéis comprendido? Así que, a partir de este momento, vosotros tres, Curt, Horey y Rip permaneceréis juntos sin separarse ni para ir al lavabo. Quiero que hagáis lo que hacen las tripulaciones de los bombarderos atómicos que están de guardia: permanecen juntos sin separarse ni un minuto, ni aun un segundo. —Y haciendo gala de mi erudición, añadí—: Esas tripulaciones, si alguno de sus miembros se pone enfermo o tiene que abandonar la guardia por alguna razón justificadísima, son relevadas completamente. No me gustaría tener que relevaros a los tres... para siempre.

Curt se pasó la mano por la garganta.

—Descuide, jefe, así lo haremos, se lo garantizo.

—Esa garantía que me das es la de tu larga existencia, Budd —contestó, regocijándose interiormente. El tipo debía estar liado con una prójima y yo le había hecho polvo el programa. Como pensaba demorar la cosa una semana o así, Budd se iba a tirar de los pelos hasta arrancárselos uno a uno—. Ahora vives en otro sitio, ¿verdad? —pregunté inocentemente. Si me decía que no, me había caído con todo el equipo.

—Juzgué oportuno mudar de aires, jefe —contestó Curt mansamente con gran alivio por mí parte.

—Escribe el número de tu teléfono en un papel —ordené—. Duffy, la pistola y el arnés. Ahora que ya me consideran en la vecindad una persona respetable, puedo llevar el quitapenas sin ningún cuidado. Ah, y mucho ojo con arrimarse ninguno por la calle Gansevoort hasta el momento del golpe. No quiero que echéis a perder las cosas, ¿comprendido? También va esto

para ti, Duffy, y para vosotros dos, Lindsee y Boggan.

Seis bocas se abrieron a la vez para pronunciar un rotundo:

—Sí, jefe.

Duffy me entregó la pistola y el arnés con la funda axilar. Saqué el arma y la examiné con aire de entendido.

—¿Y el silenciador? —pregunté.

Esta vez metí la pata, porque Duffy abrió la boca de par en par.

—¿Silenciador? Pero, jefe, ¡si nunca lo ha llevado!

—Pues a partir de ahora lo quiero llevar —contesté, tratando de disimular mi fiasco. Solté una risa de hiena—. Desde este momento, me llamarán. Gurrick, “El Silencioso”.

Obsequiosamente, Rip dijo:

—Yo le daré mi quitapenas, jefe. Esta sí que tiene silenciador.

—Muy bien, muchacho —aprobé condescendiente.

Hicimos el cambio de arneses y de pistolas y, tras examinar cuidadosamente la mía y de colocarle una bala en la recámara— maldita la gracia que me hacía caminar con un arma a punto de dispararse, pero no tenía otro remedio que actuar de aquella manera—, me dispuse a salir.

—Bueno, y ahora, a dispersarse. Duffy, llámame dentro de tres días. Si no hay novedad, te lo diré por teléfono. Cuando estos hayan dado el golpe, volveremos a reunirnos aquí para acordar la distribución del botín. ¡Andando!

Eché a andar hacia la puerta, sin volver la vista atrás ni un segundo, seguro de haberme impuesto a aquella pandilla de granujas. Descendimos las escaleras en fila india y mientras Rip se dirigía a uno de los coches, yo me encaminé hacia la puerta.

—Le llevaré en mi automóvil, jefe —se ofreció Duffy.

—Ni hablar —contesté—. Ya he corrido bastantes riesgos con que os hayan visto una vez en el barrio. Tomaré un taxi fuera del muelle.

—Buena idea —aprobo Curt.

Me acerqué a la puerta. En el mismo instante en que me disponía a levantar el picaporte, escuché unos ruiditos raros al otro lado.

Moví las manos rápidamente, haciéndoles señas de que se escondieran, cosa que realizaron en el acto tras los coches y las cajas vacías. Yo saqué la pistola, me situé tras la puertecita y esperé.

Al cabo de casi un minuto, alguien abrió la puerta desde el exterior. Un hombre asomó la cabeza. Para asombro mío resultó ser Bleeker.

Me apreté contra la pared, protegido por la hoja de la puerta. Bleeker avanzó un par de pasos, seguido por Bitino y por otro de sus colegas, el bueno de Emil. Este cerró la puerta, para lo cual tuvo que volverse.

Entonces me vio. Lanzó un rugido de rabia. Por lo visto, debía temerme, después de la paliza que le había propinado en el sótano, porque, sin vacilar, echó mano a la pistolera.

El momento no era para andarse con remilgos. En circunstancias semejantes, lo que importa es el pellejo propio, máxime cuando ese pellejo es el de una persona decente como yo. Así que apreté el gatillo a dos pasos de la cara de Emil.

El gigante dio una vuelta en redondo y se desplomó al suelo sin decir ni pío. La detonación había sonado como una simple palmada sin fuerza.

Bleecker y Bitino levantaron las manos en el acto. Estaban pálidos como difuntos. *Mis* chicos salieron de sus escondites, todos ellos empuñando sus armas respectivas. La palidez de la pareja asaltante aumentó hasta alcanzar límites insospechados.

—¿Los despeno, jefe? —preguntó Curt, ganoso de congraciarse de nuevo conmigo.

Levanté la mano izquierda con ademán magnánimo.

—Déjalos de mi cuenta. Gracias, Budd. —Miré a la pareja—. ¿Ha venido alguien más con vosotros?

—Ollie. Está ahí fuera —contestó Bleecker, lamiéndose los labios.

—Bien —dije—. Escucha esto, Bleecker. Asoma la cabeza y haz señas de que entre. Pero óyeme bien: si haces algo que me infunda la menor sospecha, te volaré la cabeza como he hecho con esa mole de carne. ¿Me has entendido?

La papada de Bleecker tembló como si estuviera hecha de gelatina. Movié pesadamente la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—Un momento —ordené—. Quitadles la artillería.

Bleecker y Bitino fueron desarmados en el acto.

Moví la mano izquierda y el gordo abrió la puerta, agitando la mano rápidamente.

—Escondeos —ordené a mis “chicos”—. Vosotros dos, Bleecker, Bitino, apartaos a un lado.

Los forajidos obedecieron. Un segundo después, Ollie, que había quedado en el exterior, cuidando el coche, cruzaba el umbral. No supo lo que le había pasado; me imagino que debió oír un ruido muy grande dentro de su cabeza cuando el cañón de mi pistola le golpeó en la nuca. Ollie se derrumbó como buey apuntillado por el matarife.

—Boggan, entra el coche de estos sujetos —dije, echándome a un lado—. Vosotros —indiqué a los recién llegados—, venid aquí. Budd, Duffy, os necesito.

Mientras los otros se preocupaban de los dos cuerpos yacentes en el suelo, yo me llevé a Bleecker y a Bitino a uno de los rincones del almacén, ocultos por un fenomenal montón de cajas de embalar. Los tipos no las tenían todas consigo.

—Espero que ahora me digáis qué era lo que veníais a hacer a este almacén —exclamé.

Bleecker y su compinche sé consultaron con la mirada. El primero

hizo un esfuerzo y dijo:

—Aunque no te lo creas, hemos venido a parlamentar contigo, Gurrick.

—¡Y un cuerno! —barboté—. Lo que queríais era sorprendernos y despeñarnos a todos a fin de eliminar la competencia. ¿Nos has tomado por idiotas, Bleecker? ¿Piensas que no me acuerdo de la guarrada que me hiciste seis semanas atrás?

—Bueno, aquello fue un error...

—¡Error, narices! ¿Qué queríais ahora? ¿Acaso repartir lo que es solo mío... y de mis muchachos? —añadí, para impresionar favorablemente a mis compinches.

—Pues, sí, algo hay de eso —reconoció Bleecker—. Hemos pensado que sería una tontería disputarnos por un trozo de carne que es suficientemente grande para todos...

—Idiota. Soy un tipo con mucho apetito. No quiero tratos con unos traidores como vosotros. La zona era enteramente mía hasta que aparecisteis vosotros. Os toleré un poco, porque hasta el más avaro echa unas migajas a su perro, pero cuando este consume demasiado, se le da una ración de estricnina y se acaba con el gasto. Así que eso es lo que voy a hacer yo con vosotros y no se hable más.

Los forajidos palidecieron. Quisieron rogarme, pero no consentí en escucharles.

—Atadles, y que no se suelten los nudos. Ollie también —ordené—. Y tapadles el pico.

En pocos minutos, Bleecker, Bitino y Ollie estuvieron convertidos en sendas salchichas humanas. El más asombrado de todos era Ollie, quien despertó cuando ya estaba atado y amordazado.

—Al coche, con ellos. El fiambre también. Ponedlos en la parte de atrás.

—¿Qué piensas hacer con ellos, jefe?

—Imagínatelo, Budd —contesté con acento lleno de perversidad.

—Déjame ir contigo. —Budd Curt, a lo que parecía, era un tipo sádico y quería disfrutar con la supuesta matanza, pero no me convenía llevar ninguna compañía. Mis propósitos, por supuesto, eran muy diferentes.

—Iré yo solo —declaré con aire fanfarrón—. Para lo que voy a hacer, no necesito compañía; me basto yo solo. Vosotros, a dispersarse y a esperar el momento oportuno. ¡Boggan, abre!

Me senté tras el volante del coche que habían traído los de la banda enemiga y arranqué. Cuando salí fuera de aquel maldito almacén, sudaba copiosamente.

CAPÍTULO X

Cuando detuve el coche, el sol se teñía ya de rojo. Estábamos en un caminito solitario, a un par de millas de la ruta estatal número veinticuatro, al oeste de Newark y a cincuenta millas, al menos, de Manhattan. El camino unía South Orange con la Avenida Irvington y, por las trazas, era muy poco frecuentado. Aquí y allá se veían bastantes casitas de campo, aunque lo suficientemente alejadas como para temer miradas indiscretas.

Me bajé del coche y abrí una de las puertas traseras. Los tres forajidos seguían allí, debajo del enorme corpachón de Emil. Tiré de los pies de este y lo saqué al camino. Luego, con la navajita que suelo usar para afilar los lápices, corté sus ligaduras, cuidando, naturalmente, de evitar sus reacciones. Pero la larga inmovilidad había envarado sus músculos y apenas si podían moverse.

Alineé a los tres abatidos rufianes junto al borde de la carretera, frente a la puerta abierta del coche.

—¡A desnudarse! —ordené.

—¿Qué? —protestó Ollie.

Volví el arma hacia el sujeto.

—¿Qué prefieres? ¿Un tiro en medio de las tripas o hacer el nudista?

El tipo aceptó mi segunda proposición.

—Echad las ropas dentro del coche. Y cuidado con tirarme a la cara siquiera un pañuelo, porque agujerearé la caja de pensar al primero que lo haga.

Cinco minutos más tarde, tenía ante mí a un abatido trío de hampones en traje de Adán. Pero aún faltaba un detalle.

—Zapatos y calcetines, fuera.

Bitino apretó los labios.

—No —dijo.

Pulsé el gatillo de la quitapenas. La bala se incrustó en el suelo, entre sus pies.

—El próximo disparo irá un metro y veinte centímetros más arriba, ahí, a ese agujero redondo que tienes debajo del estómago —advertí.

Los zapatos y los calcetines fueron a parar al coche. Cerré la puerta de un puntapié y dije:

—Veinte metros atrás, pronto.

Los rufianes obedecieron. Entonces monté en el coche y salí de estampida. Doscientos metros más allá, me detuve.

Desmonté dos de los cristales a golpes de culata y esparcí los trozos por el camino. Luego volví a montar y arranqué, caminando muy despacio.

Tal como me imaginaba, Bleecker, Bitino y Ollie aparecieron a todo correr por el camino, tratando de darme alcance, pues habían oído mi parada. De pronto empezaron a dar saltos y a contorsionarse ridículamente. Los cristales caídos en el suelo y ocultos parcialmente por el polvo estaban haciendo su efecto.

Solté una ruidosa carcajada. Me había deshecho de unos peligrosos enemigos para una larga temporada, porque todavía no había terminado de actuar contra ellos. Salí a la South Orange y en la primera cabina telefónica que encontré, avisé a la Patrulla de Caminos. Hallándose en Newark, serían juzgados por estos tribunales y con los antecedentes que tenían en Nueva York, no lo iban a pasar demasiado bien cuando se encontrasen en las cercanías de un fiambre.

Llegué a casa bien entrada la noche. Yo creo que fue la reacción natural, después de un día tan agitado. Tomé un bocadillo y luego me fui a la cama. Dormí de un tirón hasta las diez de la mañana.

* * *

Constance apareció puntual, a las tres de la tarde. Vestía un sencillo traje de hilo, de amplia falda y moderado escote. Daba gloria mirarla, pero cada vez que me fijaba en ella pensaba en Borso. Esto, me revolvía las tripas.

—Hola —saludó brevemente.

—¿Qué tal? —dije indiferente—. ¿Café?

—He venido a trabajar —contestó—. ¿Cómo debo posar hoy?

Estudí su figura un momento. Ella, en pie, inmóvil en el centro de la estancia, soportó mi examen con envarada resignación.

—Así está bien —dije—. Trazaré unos cuantos bocetos en distintas posturas, que té irá indicando a medida que avance el trabajo.

—Muy bien.

Saqué papel y lápiz y empecé a dibujar. Durante las dos horas de la sesión, permanecimos en completo silencio, como el día anterior. Ella me miraba con harta frecuencia, pero yo estaba absorto en mi trabajo y no hacía el menor caso de sus silenciosas súplicas. Cuando dieron las cinco, recogí los trastos y dije:

—Mañana a la misma hora, —Y me metí en el cuarto de baño para lavarme las manos. Cuando salí, vi, con gran sorpresa, que Constance seguía aún en el estudio.

—¿Qué haces aquí? —pregunté desabridamente.

—Escúchame, Rex; quiero hablar contigo...

—Eres mi modelo y nada más. Para eso te pago, no para que me des disculpas que no aceptaré en modo alguno. Si no te gusta el empleo, te largas y paz. Ya buscaré otra modelo que se limite a posar.

Constance se mordió los labios.

—Pero, es que lo que tengo que decirte es muy importante, Rex.

—No me interesa. La sesión ha terminado.

Los ojos de la muchacha se humedecieron. Fue a decirme algo, pero de pronto, se sintió dominada por el orgullo. Abrió el bolso, sacó unos billetes y me los tiró a la cara.

—¡Tómalos y que buen provechó te hagan, maldita terco! —dijo, conteniendo difícilmente sus sollozos—. Faltan nueve dólares; te los devolveré en cuanto tenga ocasión de ganarlos.

—¡Oh! —respondí en tono voluble—, no te costará mucho. Sobre todo, si encuentras un sujeto parecido a Pete Borso.

La mano de Constance se estrelló de pronto contra mi mejilla. Sus ojos despedían ahora destellos de furia.

—No te toleraré que me trates como a una cualquiera, ¿me has entendido? Puede que no me creas, pero soy... Bueno, ¿qué te importa a ti lo que soy, ni me importa lo que puedas pensar de mí? ¡No pienso volver a verte jamás, de modo que, adiós!

Cerró la puerta con un golpe que hizo vibrar los cristales del estudio y se marchó.

* * *

Me serví una copa y despaché el licor a pequeños traguitos. Constance se había marchado.

Esto era lo importante para mí. Se había ido jurando que no volvería a verme. ¿Por qué no corrí tras ella en aquellos instantes? Por amor propio, no por otra cosa. En aquel momento, el espectro de Borso había desaparecido de mi mente. Sólo me importaba Constance y ella ya no iba a volver.

Furioso, lleno de ira contra mí mismo, agarré la botella y me emborraché como un cerdo.

* * *

A la mañana siguiente desperté con la cabeza convertida en una mezcladora de hormigón y la boca en un pedazo de desierto. Esto me hizo saber que las borracheras no resuelven nunca ningún problema. Lo que se necesita es tener el suficiente valor para afrontar las situaciones críticas que se le presentan a uno... y a mí me había fallado ese valor.

Transcurrió el día sin novedad importante y, lo que era peor aún, sin que yo hubiera tocado uno solo de los pinceles. Permanecía quieto, estático, pensando continuamente en Constance y en lo idiota que había sido al comportarme con ella de semejante manera. Si en aquel momento hubiera aparecido, le habría abierto los brazos sin pensármelo dos veces.

Pero el orgullo, el maldito orgullo... De repente, sentí que toda mi fortaleza se derrumbaba como si hubiese sido un castillo de arena.

Agarré el teléfono y llamé a "Pez Muerto".

—¡Jefe! —gritó Budd—. ¿Es ya la hora?

—¡No! Todavía no. Escucha, quiero que me localices a Duffy inmediatamente. Donde esté, ¿me oyes? Ha de ser hoy mismo, lo necesito con urgencia.

—¿Han surgido complicaciones?

—No hagas preguntas —respondí ásperamente—. Búscalos y dile que me llame por teléfono inmediatamente. Entiéndelo bien: por teléfono, nada de venir aquí. ¿Está claro?

—O.K., jefe.

Colgué el aparato y encendí un cigarrillo. Tremendamente nervioso, empecé a pasearme arriba y abajo de la habitación. Ahora ya no me importaba nada. Sólo quería a Constance, al precio que fuera. Su pasado me tenía sin cuidado. Quería encontrarla, hablar con ella, pedirle perdón, decirle que había olvidado ya por completo lo de South Nesh...

Cuando sonó el teléfono, lo agarré como si de él dependiera mi vida, como el clásico clavo ardiendo del náufrago.

—¡Duffy! —aullé.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Escucha, quiero que hagas una cosa: búscame a la chica. No me importa lo que estés haciendo ahora, pero tráemela... No, no, conque me digas su dirección, es más que suficiente. ¿Me has entendido? Vamos, pronto, no te quedes ahí parado... ¡Sólo su dirección! ¿Estamos?

—Sí, jefe, sí, jefe —repetía Duffy una y otra vez. Debía pensar que me había vuelto loco.

Hice un poco de café, me escaldé primero las manos, luego la boca y acabé tirando la taza a un rincón. Encendí un cigarrillo y luego otro y otro... Eran pasadas las nueve de la noche cuando sonó de nuevo el teléfono.

—¡Duffy!

—Jefe, la he encontrado. Me lo dijo Travy...

—No me importa quién te lo dijo, sino dónde vive —vociferé—. Vamos, suéltalo ya de una vez.

—Bien, conforme. Jefe, pásese usted. La chica vive en el mismo sitio.

Me arreé una soberana bofetada en la cara. Pero, ¡qué idiota había

sido! ¿Cómo no se me había ocurrido pensarlo siquiera? Claro, después de mi primer encuentro con Bleecker y Bitino, había dado como lógico que Constance variaría de domicilio, a fin de no ser hallada. Pero no había sido así. Por lo visto, había estimado que, gozando de mí “protección” los otros no se atreverían a molestarla, cosa que, en efecto, se había producido.

—Gracias, Duffy. Eres un buen muchacho. —Y colgué.

Treinta segundos más tarde, estaba en la calle. Para no perder tiempo, aunque la distancia era corta, tomé un taxi, prometiéndole el doble si corría a toda velocidad. El conductor, espoleado, pareció convertirse en el piloto de un “jet” y en un tiempo increíble me depositó ante la puerta del cuarenta y siete de Leroy Street.

Arrojé dos billetes de cinco sobre el asiento delantero, crucé la acera, penetré en la casa y subidos peldaños de cuatro en cuatro. Jadeante, sin aliento, con el corazón desbocado, llegué ante la puerta del apartamento de Constance y oprimí el timbre de llamada.

Esperé unos segundos. Al ver que no me contestaban, volví a llamar. Insistí una y otra vez, recibiendo siempre el silencio como única respuesta.

Empecé a pensar lo peor. Mentalmente, vi a Constance degollada, tendida en un lago de sangre... pero, ¿quién podía querer matarla?

De pronto, una voz que sonaba a mis espaldas me sacó de tan lúgubres pensamientos.

—¿Busca a la chica de ese apartamento?

Me volví rápidamente. En la puerta frontera, apoyada a medias en una de las jambas, había una mujer de linos treinta años, opulenta, de carnes que ya empezaban a desbordarse, violentamente teñido de amarillo el pelo, labios pintarrajeados y ojos rodeados de violeta. Vestía una bata no demasiado limpia, debajo de la cual se veía una buena porción de su ropa interior, que enseñaba deliberadamente, a fin de hacer resaltar sus encantos, numerosos, pero ya habían empezado a marchitarse.

—Sí, la busco —contesté.

La voz de la mujer era lánguida, insinuante.

—Pierdes el tiempo —me tuteó de repente.

Sentí una extraña contracción en el estómago.

—¿Eh?

—Se marchó esta mañana. Yo la vi... cosa rara, porque no acostumbro a madrugar. Bueno, eran ya cerca de las doce... A propósito, me llamo Jane. ¿Y tú?

—¿Qué importa eso ahora? —gruñí, desalentado, viendo que mis ilusiones se habían ido al demonio—. ¿Sabes dónde se ha ido?

—No, aunque quizá te lo pueda decir el conserje. Pero, vamos, si te sientes aburrido, quizá yo...

—Gracias, Jane —contesté. Saqué un billete de cinco dólares y se lo puse en la mano—. Comprate una botella de buen *whisky* y emborráchate a

la salud de un idiota.

Dejándola con la boca abierta, di media vuelta y emprendí el descenso, hasta llegar a la conserjería.

El conserje era un tipo, fofo, blanducho, de expresión bovina. A mis preguntas respondió:

—No, no sé dónde se ha ido la señorita Kinner, Sólo sé que debía dos semanas de alquiler y qué, como no podía pagármelos, me entregó su reloj en prenda. Valdrá unos cincuenta dólares, digo yo; y aún saldré perdiendo...

Saqué más billetes.

—¿Cuánto le debía, exactamente?

—Cincuenta y cinco dólares, señor.

Conté el dinero y se lo entregué.

—Venga el reloj.

El conserje me lo entregó.

—Siento lo que le ocurre, señor. Si puedo ayudarle...

—La única ayuda que necesito es encontrarla. Y si usted no puede decirme dónde se ha ido, tanto da. Gracias, de todas formas.

Me eché el reloj al bolsillo y salí a la calle, completamente desalentado. Mirándolo bien, era lógico que Constance hubiera hecho una cosa semejante, después de mi estúpido comportamiento. Pero, aun sintiéndome dolorido, había algo que me alegraba, sobremanera: había dado su reloj en prenda por falta de dinero, cuando, de haberlo querido, lo habría obtenido inmediatamente con solo chasquear los dedos al primer transeúnte que se hubiese cruzado con ella. Eso me dijo que era una buena chica y que lo de su lío con Borso había sido una cosa accidental, puramente *de circunstancias*. Ella estaba arrepentida de lo que había hecho, pero yo no le había permitido demostrarlo ni tampoco había aceptado sus explicaciones. ¡Valiente imbécil! me insulté a mí mismo.

CAPÍTULO XI

Marqué una cifra de teléfono y esperé.

—¿Quién es? —preguntó una voz gruesa.

—Yo —dije simplemente.

—Un momento, jefe; ahora se pone Budd.

La voz de “Pez Muerto” sonó de inmediato.

—¿Jefe?

—Esta tarde, a las tres y media en punto.

—Entendido, jefe.

—Ah, se me olvidó una advertencia. Nada de fuegos artificiales, ¿estamos? Silencio sobre todo.

—O.K., jefe.

—Eso es todo. Y recuerda que os estaré vigilando.

—Conforme.

Colgué el teléfono. Arrojé una mirada en torno mío. Todo estaba ya listo para empacar y ser trasladado. Había alquilado un apartamento muy lejos de Greenwich Village, en las Lillian Wald Houses, frente al East River, y dudaba mucho de que, en lo sucesivo, aquellos desalmados pudieran encontrarme. En cuanto hubiese terminado, me cambiaría; el camión de las mudanzas estaba avisado para las tres y media en punto.

A las tres bajé a la calle, caminé dos manzanas, busqué un teléfono público y llamé a la policía.

—Dentro de veinte minutos exactamente —dije—, se va a cometer un atraco en la tienda de Morthurbem, en Gansevoort Street. Será mejor que vengán disimuladamente, a fin de no espantar la caza. Y tengan cuidado; son tipos peligrosos.

Colgué el teléfono y, dando un rodeo, regresé a mí casa, diez minutos antes de la hora señalada para el golpe. Saqué el llavín, lo inserté en la cerradura, abrí la puerta y luego cerré cuidadosamente.

Di un par de pasos en la habitación. Entonces, Constance se puso en pie lentamente y me miró.

Yo también la miré. Estoy seguro de que, en aquel momento, la sangre había huido por completo de mi rostro. Ella estaba palidísima, pero se mantenía bien; excepto, quizá, la respiración un poco agitada, cosa que se advertía en los rápidos vaivenes de su esbelto seno.

Mi primer impulso fue saltar hacia ella y estrecharla entre mis brazos.

Pero, no queriendo arriesgarme a un fracaso, permanecí donde estaba y, aunque roncamente, supe saludarla.

—¿Qué tal? Pensé que ya no volverías a verme. ¿No fue eso lo que dijiste?

—Las cosas han variado, Rex. Tengo algo muy importante que decirte.

—Sí, creo que mencionaste algo parecido el otro día —contesté en tono voluble—. Pero en este momento no puedo escucharte. Tengo algo más interesante que hacer.

La mano de Constance describió un amplio círculo.

—Te cambias de domicilio, a lo que veo —expresó.

—Sí. He alquilado otro apartamento en... bueno, eso es cosa mía. Ahora, dispénsame, ¿quieres?

Crucé el estudio, sorteando los bultos ya dispuestos para que se los llevaran los de las mudanzas, y me acerqué a la ventana, situándome estratégicamente detrás de los visillos.

Constance se aproximó.

—Por lo que más quieras, Rex, escúchame...

Consulté mi reloj. Faltaban cinco minutos solamente para que se produjese el asalto.

—Espera unos momentos, ¿quieres? Y apártate a un lado; no tengo ganas de que te vean desde la calle.

Ella me miró, completamente extrañada.

—¡Rex! ¿Qué es lo que te sucede? ¿Por qué te portas de esa manera tan rara? ¿Es que no comprendes que lo que quiero decirte es muy importante?

—Sí —contesté en tono de hastío—, pero aguarda. Sólo se trata de unos minutos. Oye, mira hacia la calle y te divertirás un poco.

Ella lo hizo así.

—No veo nada —manifestó, defraudada.

Volví a mirar el reloj. Faltaban tres minutos y segundos. De repente me acordé de una cosa. Hurgué en mis bolsillos y le entregué su reloj.

—Toma, esto es tuyo —dije.

Constance miró el relojito con cara estupefacta.

—¡Rex! ¿Quién te lo ha dado?

—Pagué cincuenta y cinco dólares por él. Fue el mismo día en que tú te cambiaste de casa.

Se humedecieron sus ojos.

—De modo... —respiró hondo—, que fuiste a buscarme.

—Si —reconocí de mala gana.

—¿Por qué?

—Escucha, ahora no tengo tiempo de andar con explicaciones. Ya hablaremos más tarde. Esto es más important...

—Rex—insistió ella—, ¿no te has preguntado nunca por qué me

cambié de casa?

—Pensé que habrías salido de Nueva York o qué sé yo. Cuando vi que no estabas allí, lo demás dejó de interesarme.

—Así que fuiste a buscarme —murmuró. Una débil sonrisa floreció en sus rojos labios—. Rex, es lo mejor que he oído desde que...

La interrumpí de repente, agarrándola por el brazo con fuerza.

—Calla —dije en voz baja, como si pudieran oírme desde la calle—. ¡Mira, Constance!

Ella estaba, tremendamente intrigada por mi actitud y la curiosidad acabó por vencerla. Los dos dirigimos nuestras miradas hacia la acera de enfrente, donde, a pocos pasos de la tienda de Morthurbern, acababa de detenerse un largo automóvil negro.

Dos individuos se apearon del coche con aire inofensivo. Eran Budd Curt y Horey. Rip quedó al volante, sin duda manteniendo el motor en marcha para cubrir la retirada.

Constance se estremeció terriblemente.

—¡Son ellos, Rex! ¡Los mismos que en South Nesh...!

—Ya lo sé. Pero espera unos segundos.

Tranquilamente, como si fueran de paseo, Curt y Horey se acercaron a la tienda de Morthurbern y penetraron en su interior. En el mismo momento empezaron a ocurrir varias cosas.

Tres o cuatro sujetos de paisano aparecieron de pronto, convergiendo sobre la tienda desde distintos puntos de la calle. Uno de ellos se agachó, fingiendo arreglarse los cordones de los zapatos. Cuando se incorporó, tenía en la mano un revólver, con el cual inmovilizó a Rip. El forajido, asombrado, no tuvo tiempo siquiera de pestañear.

Dos agentes más penetraron en la tienda. Uno quedó en la puerta, con las espaldas pegadas a la pared y la mano metida en el interior de la chaqueta.

Transcurrieron treinta segundos, no más. De súbito, un hombre salió de la tienda a todo correr. Era Budd Curt y parecía como si lo persiguieran cien legiones de demonios. Su salida fue tan rápida que incluso llegó a sorprender, por mi instante, al policía que aguardaba a la puerta de la tienda.

Lo primero que hizo Curt fue dirigirse hacia el coche. Pero entonces vio al policía que mantenía a raya a Rip y cambió de dirección, intentando rodear el coche para cruzar la calle.

El otro agente salió en su persecución, intimándole a detenerse. No escuché sus voces, pero podía ver claramente sus gestos y los movimientos de sus labios.

Curt se volvió con la pistola en la mano. Entonces, los dos agentes que estaban en la calle, dispararon varias veces contra él. Curt pegó unos cuantos saltos, braceó frenéticamente durante unos segundos y luego,

ando varios traspiés, giró sobre sí mismo y acabó por caer despatarrado en el centro de la calle.

La gente huía en todas direcciones. A lo lejos se escuchó el alarido de una sirena policial. Los dos agentes que habían entrado en la tienda de Morthurbern salieron con Horey esposado.

Esperé unos segundos más. Cuando vi que todo había terminado, me volví hacia Constance.

Antes de que ella pudiera apercibirse, estreché su flexible talle entre mis brazos, la atraje con fuerza hacia mí y busqué sus labios ávidamente. En el primer momento, ella, sorprendida, pareció resistirse; luego, riéndose, se colgó de mi cuello y devolvió el beso con frenético apasionamiento.

Nuestros labios permanecieron unidos hasta que me faltó el aliento. Después, nos separamos ligeramente y entonces dije:

—Constance, tienes que escucharme...

—Escúchame tú. Lo mío es más importante.

—Al diablo con lo que tengas que decirme —exclamé, sin soltar su cintura—. No hay nada más importante que mi amor. Constance, te quiero, estoy loco por ti desde el primer día que te vi en la playa de South Nesh. He sido un tonto, un idiota, un maldito imbécil, pero es que me devoraban los celos.

—¿Celos de un muerto? —Ella arqueó las cejas, extrañada.

—Sí, pero eso no me interesa ya. No me importa lo que bayas sido hasta ahora, ni cuál haya podido ser tu conducta, vida, tus acciones... A partir de este momento, solo cuenta el futuro... y tú y yo solos, sin un dólar, pero queriéndonos... —Las palabras fluían de mi boca atropelladamente, casi sin coherencia, en mi loco afán de expresarle de una vea mis sentimientos—. No me importa lo que me hiciste en South Nesh; lo único que deseo es quererte durante el resto de nuestros días... tú y yo, los dos, sin un dólar... bueno, tengo casi dos mil para empezar...

De repente me interrumpí.

—¿O no me quieres? —pregunté lastimeramente.

Una enigmática sonrisa distendía suavemente los labios de Constance. Volvió a rodear mi cuello con sus brazos y murmuró:

—¿Qué si te quiero, dices? Escucha, maldito obstinado, ¿por qué crees que he venido aquí, sino porque estoy loca por ti?

Aquello se merecía un beso. No dejé que siguiera y, estoy seguro, a ella no le desagradó en absoluto la interrupción. Cuando nos separamos un poco, no mucho, dije:

—Escucha, nos casaremos en cuanto podamos, la semana que viene, mañana, cuando sea. Después, trabajaré para los dos y te prometo que...

Constance perdió de pronto la sonrisa.

—¡Rex!

—¿Qué te pasa? —inquirí, alarmado.

—Hemos olvidado lo que me ha traído aquí.

—Es cierto —convine—. Dijiste que tenías que contarme algo muy importante. ¿De qué se trata?

Constance me miró con fijeza durante unos segundos. Luego, lentamente, soltó la bomba:

—¡Ray Gurrick está en Nueva York!

* * *

Sobrevino un denso silencio. Durante unos largos segundos, estuve mirando a Constance, como si no creyera las palabras que acababa de pronunciar. Por un instante, incluso llegué a pensar que se había vuelto loca.

Pero no, no había tal locura. Y sus palabras eran ciertas.

—Gurrick está en Nueva York —repitió.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? —pregunté casi a gritos.

—No me lo ha dicho nadie —respondió ella—. Lo he visto yo misma, Rex.

Sentí una tremenda agitación en mi estómago.

—¿Qué lo has visto? ¿Dónde?

—En “Travy’s”. Fue el mismo día en que me cambié de domicilio, bueno, la víspera. Cuando lo vi era demasiado tarde ya para cambiarme y, además, él no me había visto. Estaba muy entretenido con una chica y... En un principio me pensé que eras tú y quise decirte algo, pero me extrañó eso mismo, que estuvieras acompañado. Ella no parecía ser... bien, tú me entiendes, ¿no?

—Claro, pero, sigue, no te detengas —la apremié, sumamente preocupado.

—Bien, entonces le pregunté a Travy quién era y me lo dijo. Travy acababa de darme trabajo de nuevo, de modo que tuve que abandonar el local. No quería que me viera, compréndelo.

—Si —asentí pensativamente—. De modo que Gurrick está en la ciudad...

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Qué es lo que piensas hacer ahora? —inquirió en tono ansioso.

Le dirigí una penetrante mirada.

—¿Era eso lo que querías decirme el día en que me tiraste el dinero a la cara? pregunté.

El rostro de Constance se tiñó de carmín.

—No, aunque, en otro sentido, es también muy importante. Sin embargo, puede aguardar un poco, Rex. Ahora, lo que me interesa es saber cuáles son tus propósitos.

Me acerqué de nuevo a la ventana. Una ambulancia se llevaba en aquellos momentos los restos mortales de Curt.

—¿Has visto lo que ha pasado en la calle? —pregunté.

—Sí, Rex.

—Les preparé esa trampa —manifesté—. Una especie de desquite por los golpes que me asestaron en South Nesh. Pero no lo hice con ánimo de que los policías disparasen contra Curt, aunque se lo tuvo bien merecido y la sociedad no habrá perdido nada con su muerte. Sólo quería tenerlos apartados una temporada de la circulación.

—¿Y después, Rex?

—Bien, los de las mudanzas van a venir ahora. Yo pienso residir en el lado contrario de la ciudad, en un sitio donde no es fácil que me encuentre Gurrick. En todo caso, siempre nos quedaría el recurso de escapar una temporada fuera de Nueva York. Florida... no, mejor California sería el lugar ideal para una luna de miel. ¿Qué te parece?

Constance me echó los brazos al cuello. Sus ojos resplandecían con una luz que hizo sonar campanas de gloria dentro de mi pecho.

—¡Sería maravilloso, Rex! —dijo. Pero antes de que pudiera besarme de nuevo, sonó el teléfono.

—¡Qué fastidio! —murmuré, separándome de ella. Levanté el aparato y dije—: ¿Quién es?

—¡Jefe! —era Duffy—. Escuche un momento; tiene que venir inmediatamente al cuartel general. Ha ocurrido algo que...

—¡Y un cuerno? —contesté abruptamente. Colgué el teléfono y lo dejé plantado.

Miré a la joven.

—Constance, tenemos que largarnos de inmediato.

—Lo que tú digas, Rex.

Tomó su bolso y yo su mano. Salimos del estudio, cerré con llave y nos metimos en el ascensor. Al llegar a recepción, entregué la llave al conserje.

—Mi cuenta está liquidada. Cuando venga el camión de las mudanzas, que se lleven todos mis trastos; ya están empacados. Ellos ya saben adónde hay que trasladarlos.

—Muy bien, señor Grissom.

Constance y yo salimos a la calle. Miré a derecha e izquierda, buscando un taxi.

En el mismo momento, un automóvil se detuvo junto al bordillo de la acera. El corazón se me paralizó de inmediato.

La puerta del coche se abrió. En el fondo del mismo, Duffy me apuntaba con una pistola, de tal forma que no pudiera ser visto desde el exterior.

Boggan estaba al volante. Permanecía serio, inexpresivo, pero —lo sabía perfectamente—, con su pistola a punto. En cuanto a Lindsee, estaba sentado en uno de los asientos suplementarios del coche, inmediatamente

detrás del conductor. También tenía una pistola en la mano.

—¿Jefe? —murmuró Duffy con voz persuasiva.

Suspiré. Ante aquella forma de invitarle a uno a dar un paseíto, no había objeciones que formular. Constance y yo subimos al coche en el más completo silencio.

CAPÍTULO XII

El automóvil se detuvo frente a una puerta que yo conocía muy bien. Por lo visto, Duffy lo había tramado todo astutamente, llamándome por teléfono desde algún lugar muy próximo a mí estudio. Imaginándose mi respuesta y la reacción subsiguiente, había ido a esperarme a la salida de mi domicilio, alcanzándonos tan solo por una mísera fracción de tiempo. Treinta segundos más tarde y nos habríamos perdido de vista para siempre.

Pero nos habían faltado precisamente aquellos treinta segundos. Y ahora era ya tarde para lamentarse. Constance y yo fuimos obligados a bajar del coche, pero ya dentro del almacén, con el fin de que no pudieran vernos los posibles curiosos que acertaran a circular casualmente por el callejón.

Arrojé una mirada a mí alrededor, El almacén aparecía desierto, silencioso, más lóbrego y siniestro que nunca. Traté de disimular el temblorcillo de mis piernas. Aquello no podía terminar bien de ninguna manera, me dije para mis adentros.

—Arriba —ordenó Duffy secamente.

Constance y yo emprendimos el ascenso. Al llegar al rellano, Duffy pasó delante de nosotros, aunque sin descuidar la guardia ni por un momento, y tocó con los nudillos en la puerta.

Esta se abrió al cabo de unos segundos. Duffy exclamó:

—Jefe, somos nosotros.



—¡Cállate, pintamonas!

La puerta terminó de abrirse. Boggan y Lindsee nos empujaron hacia adentro sin la menor cortesía...

Había un hombre en la estancia. Lo miré como si estuviese delante de un espejo. Hubiera podido decirse que era mi gemelo.

Ray Gurrick sonrió torvamente.

—Así que este es el tipo que, después de haber tenido la suerte de salvar el pellejo, quiso ocupar mi puesto —manifestó.

Apreté los labios. Estaba pensando furiosamente, buscando con desesperación un modo de salir de aquel atolladero.

—Y esta es la chica —añadió Gurrick, devorando con la vista las esbeltas líneas del cuerpo de Constance.

—La misma, jefe. La prójima de Borso —confirmó Duffy.

Aquella palabra me dolió un momento; ahora amaba locamente a Constance y maldito si me importaba cualquier cosa que hubiera podido hacer antes de conocerla yo.

—Nunca conocí a la chica de Borso —expresó Gurrick con evidente complacencia—, aunque hay que reconocer que el condenado tenía un magnífico buen gusto para las mujeres.

Constance irguió el busto.

—¡Acabemos de una vez! —exclamó—. ¿Qué es lo que quieren de nosotros?

Gurrick emitió una risita baja, de hiena, que puso en mi espalda un frío sudor.

—Bueno —dijo con acento estremecedor—, en cuánto a ti, preciosa, me gustas un rato largo, de modo que me sentiré generoso. Pero respecto a ese otro bastardo que se ha hecho pasar por mí...

Me estremecí de espanto. El significado de las palabras de Gurrick era altamente significativo. Pero, ¿no habría un medio para salir de aquella endiablada situación?

De súbito se me ocurrió una idea. ¿Y por qué no? Peor de lo que me encontraba, ya no podía estar, salvo con un tiro en la cabeza. Y era esto precisamente lo que trataba de evitar...

Con toda frescura, agarré una silla y me senté a horcajadas, junto a la mesa. Luego tomé las cartas y empecé a barajarlas, en medio del asombro y la estupefacción de los pandilleros, que no comprendían mi tranquila actitud en unos momentos de tanta tensión.

—Duffy —dije tranquilamente—, cuando esto acabe, te enviaré a un buen oculista.

El renacuajo pegó un respingo.

—¿Qué diablos estás diciendo, condenado?

Me eché a reír, mientras empezaba a hacer un solitario.

—De modo que me has tomado por Grissom, ¿eh? Bien —añadí,

mirando a Gurrick—, la cosa tiene mucha miga. Y tú eres un sujeto con muchos redaños. ¿Qué te sucede ahora? ¿Acaso no tienes bastante con lo que ganas con tus pinceles y quieres meterte en otros asuntos más fructíferos?

El *gangster* soltó una espantosa maldición.

—¡Escucha, pintamonas...!

—Cállate —le ordené abruptamente, mirándole con frialdad—. ¿Es que pensaste acaso por un momento que iba a permitir que ocupases mi puesto?

Gurrick sacó la pistola.

—Oye, condenado —dijo, al borde de una congestión—, si crees que voy a consentir que me tomes el pelo, estás muy equivocado. Duffy, tú no irás a creer a este mequetrefe, ¿no es cierto?

Miré a Duffy. El renacuajo aparecía desconcertado, así como los otros dos. Jamás hubiera podido creer que dos hombres se parecieran tanto, y en aquellos momentos, naturalmente, estaba dispuesto a explotar al máximo aquella semejanza.

—Jefe... —dijo Duffy, vacilante.

Puse una carta sobre la mesa con toda tranquilidad.

—Te voy a demostrar que soy Gurrick y no Grissom —expresé—. Duffy, ¿recuerdas lo que hablamos sobre el plan para apoderarnos de la heroína que había la tienda de Morthurbern?

—Sí, claro.

Eché un vistazo al reloj.

—A estas horas, Budd y los otros han debido dar ya el golpe. Les avisé que lo hicieran a las cuatro y media en punto —mentí—. Y si no, han entrado en la tienda, estaban a punto de hacerlo. Pregúntale al supuesto Gurrick por los detalles. Vamos, anda, ¿a qué esperas?

Gurrick pegó un chillido que hizo temblar las paredes.

—No sé de qué me estáis hablando. ¿Qué maldito golpe es ese que dice el pintamonas, Duffy?

—¿Lo ves, Duffy? —sonreí. Yo especulaba con la posibilidad de que la noticia del fallido intento de atraco no se hubiera hecho pública todavía y, por lo tanto, los forajidos no se hubieran enterado de la muerte de Budd Curt y la detención de los otros dos.

El renacuajo se lamió los labios.

—Uno de los dos no es Gurrick —dijo, evidentemente conturbado.

—¡Ese!

Gurrick y yo hablamos a un tiempo y a un tiempo, también extendimos los brazos, señalándonos mutuamente. De pronto sonó una carcajada, fresca, argentina, de cristal. Constance no se había podido contener y reía a mandíbula batiente. En verdad, que la situación tenía bastante de cómica.

—¡Basta! —chilló Gurrick—. ¡Él es Grissom! ¡Yo soy Gurrick! Duffy, ¿es que no vas a saber reconocerme al cabo de los años?

—Anda, Duffy —dije—, pregúntale por los detalles del golpe al compinche de Bleecker y Bitino. Pregúntale también —dije—, qué es lo que hice yo cuando esos granujas nos cogieron prisioneros a la chica y a mí y les zurré a los cinco. Pregúntale también qué hice cuando liquidé a Emil aquí, en este mismo almacén. Y después de que le hayas preguntado todo eso que acabo de decirte, puedes rematar la faena, preguntándole qué hice con Bleecker, Bitino y Ollie.

Duffy volvió la vista hacia Gurrick.

—¿Qué diablos contestas? —dijo, crispando la mano en torno a su pistola.

—¡Soy Gurrick! —chilló el pandillero, lívido como un difunto.

—¡Gurrick! —repitió Duffy despectivamente—. Entonces, ¿por qué diablos no has comparecido en todo este tiempo?

—Estuve en Méjico, escondido una buena temporada. Tú sabes bien que fue eso lo que acordamos, Duffy.

—Sí, pero no dejaste señas. ¿Cómo sé que *estuviste* realmente en Méjico? —arguyó el renacuajo.

—¿Iba a dejar la dirección para comprometerme? —intervino audazmente.

Duffy nos miró a los dos. El sujeto estaba hecho un puro lío. En cuanto a los otros dos, obedecerían al ganador, sin importarles mucho que se llamase Gurrick o Grissom. Permanecían neutrales, a la expectativa, ansiando los supuestos cien mil dólares del botín.

—De todas formas —dije—, hay un medio infalible para saberlo.

Miré a Constance. Desesperadamente, le dirigí una muda súplica: “Tienes que ayudarme. Si no lo haces, estamos perdidos”.

—¿Cuál? —preguntó Duffy ávidamente.

—Que te lo diga ella —indiqué—. Constance, dile lo que sucedió cuando fui a verte hace un año, cuando quería obligarte a que fueras a South Nesh.

Constance comprendió al instante. Era de espíritu vivaz y no titubeó en la respuesta.

—Tuve que darle dos bofetadas. Intentó, propasarse conmigo, aprovechando la ausencia de Pete —dijo. Luego sonrió cariñosamente—. Pero ya he olvidado aquello, amorcito.

Gurrick emitió un bramido.

—¡Maldita! ¡Yo no te he visto en los días de mi vida! ¡Todo lo arregló Budd...!

—Budd vino a verme y cuando le dije que si llamaba a Pete le cerraría el pico para siempre, salió huyendo —mintió Constance.

—¡Eso no es cierto! —aulló Gurrick—. Budd vino diciéndome que

todo estaba arreglado.

Moví la cabeza con gesto pesimista.

—No haces más que dar tropezones, pintamonas —dije tranquilamente—. Cuando Budd salió huyendo, pese a que luego vino fanfarroneando de que ya lo había arreglado todo, me di cuenta de que el tipo no decía la verdad. Francamente, no me fiaba mucho de sus dotes diplomáticas, por lo que tuve que ir yo a arreglar la cosa. ¿Ibais a pensar vosotros que a mí podría asustarme un tipo tan insignificante como Pete Borso? Claro que ella me pegó dos bofetadas —añadí—, pero luego acabó dirigiéndose a South Nesh. Comprendió que era eso lo mejor que podía hacer.

Gurrick empezó a verse acorralado.

—Estás mintiendo, Grissom.

—Estás mintiendo, estás mintiendo —repetí con gesto de hastío—. Si fueses Gurrick sabrías el número de teléfono de Budd. ¿Qué le dije que hiciese después del golpe a la tienda de Morthurbern?

El pandillero abrió y cerró la boca convulsivamente.

De súbito, Duffy saltó hacia él y en un santiamén le desposeyó de la pistola... Luego, de un fuerte empujón, demasiado fuerte dada su escasa envergadura, lo lanzó al suelo.

—¡Cochino bastardo! —renegó—. ¡Se necesita cara dura para tratar de engañarnos de esa manera! ¡Ahora mismo vas a ver cómo no hay en este mundo nadie que se ría de Duffy!

Estiró la mano y apuntó al caído. Gurrick lanzó un chillido de pánico al verse encañonado por el arma.

—¡Quieto! —grité.

Duffy me miró de reojo.

—Jefe, ¿no...?

Me puse en pie.

—No. Aquí no, al menos por el momento. Es un tipo insignificante, que ha querido aprovecharse de la situación, nada más.

Me acerqué al caído y le asesté un terrible puntapié en «el costado.

—¡Arriba, tú! —ordené.

Gurrick se puso en pie. Todo su valor le había abandonado. Miró a un lado y a otro, como fiera acorralada, que sabe que no tiene escape posible.

—Debiera liquidarte aquí mismo —dije con acento lleno de truculencia—, pero me das lástima.

—Bueno, pero algo hay que hacer con el pájaro —gruñó Duffy, descontento por no haber podido meterle un balazo entre ceja y ceja, como habían sido sus primitivas intenciones.

—Sí, claro está —concordé—. De todas formas, cuando supe meterme en el bolsillo a cinco tipos a la vez, ¿no crees que un simple pintamonas es poca cosa para mí?

Duffy abrió una boca de oreja a oreja.

—Desde luego, jefe —sonrió ampliamente—. Sin embargo, me gustaría quitarlo de en medio.

—De eso me encargo yo, repito. ¿Qué coche es el mejor de todos? —pregunté.

—El “Chevrolet” 60 —indicó Boggan, que era el experto.

—Muy bien —contesté—. Baja y prepáralo.

—Sí, jefe.

Boggan abandonó la estancia en el acto. Moví la mano.

—Regístralo, Lindsee.

Unos segundos más tarde, todos los objetos personales del forajido estaban sobre la mesa. Entre ellos divisé una billetera atestada de dinero, la cual me guardé sin el menor escrúpulo. “Quien roba a un ladrón...”

—Conforme —dije—. Duffy, la pistola.

Duffy me había desarmado al entrar en el coche. Revisé el arma. Afortunadamente, no se le había ocurrido revisarla. De ser así, habría visto que le faltaban dos tiros, cosa imperdonable en un *gangster*, cuya obligación, después de liquidar a sus enemigos, es recargar la quitapenas, reponiendo los cartuchos consumidos. Duffy habría entrado en sospechas al ver que faltaban dos cartuchos, no porque debieran haber faltado sino por tener el cargador incompleto.

—Bueno, andando.

—¿Y la chica? —preguntó Duffy.

—Se viene conmigo —decreté tajantemente.

Empujé al abatido Gurrick, mientras mantenía la boca del arma apuntada contra su nuca. Salimos afuera y emprendimos el descenso de la escalera.

En el mismo instante en que llegábamos abajo soné un agudo grito.

—¡Cuidado!

Sonó un ruidito seco, algo así como el taponazo dé una botella de champaña.

Alguien exhaló un gemido de agonía. Luego se oyó el ruido sordo de un cuerpo humano al chocar contra el suelo.

La puerta del almacén terminó de abrirse y cinco hombres armados irrumpieron violentamente, amenazándonos con sus pistolas. Me quedé helado de pavor, porque se trataba, nada menos, que de Bleecker, Bitino y su pandilla.

CAPÍTULO XIII

La sorpresa fue total, absoluta. Randy pegó una patada a la puerta y la cerró.

—¡Abajo las armas! gritó Bitino, el silencioso.

Solté la pistola como si se hubiera tratado de una serpiente venenosa. Estaba Constance allí, pero aún cuando no hubiera estado, lo que menos deseaba en aquellos momentos era enzarzarme en una batalla entre pandillas.

Además de Randy y de Ollie, el cual, todo sea dicho, me miraba con muy malas intenciones, venía otro, un sustituto de Emil, casi tan grande como el muerto. En total, eran cinco individuos contra cuatro y una mujer.

Boggan ya no contaba. Le habían metido un halago en el corazón y yacía en el suelo, al pie del coche que no había logrado poner en marcha. Eran cinco pistolas, dos de ellas dotadas de silenciador, cuyas bocas nos apuntaban con las intenciones que son de suponer.

—Bien —empezó a decir Bleecker. Y de pronto se quedó con la boca abierta, sin poder concluir su frase.

—¡Cielos! —dijo el taciturno Bitino.

Hubo una pausa de silencio. Los de la banda rival nos contemplaban llenos de asombro. Para ellos resultaba una situación completamente nueva.

Bleecker fue el primero en romper el silencio.

—Bitino, ¿ves tú lo mismo que yo?

—Hay dos Gurrick —murmuró el aludido—. Y hoy no he probado el licor.

—Jefe... —empezó a decir Ollie, pero Bleecker le interrumpió secamente.

—Cierra el pico—. Luego movió la pistola en semicírculo—. ¿Cuál de los dos es Gurrick?

Hicimos el gesto al unísono.

—El —nos señalamos con los respectivos dedos índices.

—¡Silencio! —gritó Bitino, sin motivo alguno, puesto que no habíamos gritado. Evidentemente, el encontrarse con dos tipos tan parecidos le había puesto nerviosísimo—. Habla tú —se dirigió al auténtico Gurrick.

—Es él —dijo—. Yo me llamo Grissom y soy dibujante publicitario. Trabajo en la *Scalamore Agency* y puedo demostrarlo cuando quiera.

Aquella frase de Gurrick —lo cual me probaba que el golpe de South Nesh había sido preparado concienzudamente y que yo había sido seguido y fotografiado sin advertirlo—, me abrió los ojos. Decidí, pues, aprovecharla.

—Está mintiendo descaradamente —manifesté—. Hace tiempo que me despidieron de la agencia. Puedo probarlo en cualquier momento. ¿Por qué no llaman por teléfono al director?

Bleecker miró a su alrededor. Estaba tan desconcertado como sus compinches.

—Aquí no hay teléfono —masculló—. Además, eso no nos interesa ahora.

—¿Cómo que no nos interesa? —protestó—. A ver si esta señorita y yo vamos a pagar ahora culpas que no tenemos. Soy Rex Grissom y puedo demostrarlo concluyentemente.

—¿De qué forma? —preguntó Bitino.

Reflexioné unos segundos.

—Hace un año, aproximadamente, sus gorilas ametrallaron en South Nesh a un tipo que vestía chaqueta a cuadros, pantalones color vino, camisa amarilla y usaba grandes gafas oscuras. ¿No es cierto?

Bleecker vaciló.

—Bueno, conforme —admitió de mala gana.

—Sus hombres dispararon contra aquel sujeto, creyendo que se trataba de Gurrick. Alguien les había dado el soplo de que se alojaba en el “Shark Hotel”, de South Nesh. ¿Miento?

Mis frases eran un tanto aventuradas, aunque, a fin de cuentas, basadas en los hechos. Bleecker reconoció mi aserto.

—Bueno, si aquel hombre que ustedes creyeron era Gurrick no murió, es que está vivo. Y no solo está vivo, sino que se ha multiplicado por dos.

—¡Maldita sea! —juró Bitino—. Ray, ¿tienes un hermano gemelo?

—¡Qué diablos de hermano gemelo ni qué niño muerto! —barbotó el aludido—. Gurrick es él y ahora quiere cargarme a mí con sus líos. Me habían cogido prisionero con la chica y querían liquidarnos a los dos.

—Vaya, qué desfachatez —dije—. Gurrick, no trates de desviar la cuestión. Oiga —me dirigí a Bleecker—, ¿quiere que le demuestre que soy Grissom?

M gordo entornó los ojos.

—¿Cómo puede hacerlo?

—Tengo en el cuerpo las cicatrices de siete balazos recibidos en South Nesh. Puedo enseñárselas si lo desea. —Me aparté un paso y empecé a quitarme la chaqueta—. Si ese tipo que dice ser Grissom es él, que enseñe las cicatrices de sus balazos.

—Pero si Grissom es usted —intervino Bitino—, ¿por qué le disparamos en South Nesh?

—Porque Gurrick y su pandilla habían descubierto el extraordinario parecido que tenía con él y decidieron aprovecharlo para simular su muerte. Ustedes estaban ansiosos de quitárselo de en medio, pero cayeron en una trampa. Lo mismo que yo —añadí amargamente.

Mientras hablaba, me había despojado de la chaqueta, que dejé caer al suelo. Acto seguido me quitó la camisa y enseñé la cicatriz del brazo, más la de otro balazo que me había rasgado largamente la epidermis del pecho. Si este hubiese entrado una pulgada más profundamente, no lo habría podido contar.

Aquello pareció convencer, aunque solo parcialmente, a Bleecker y a sus compinches. No obstante, se mostraban renuentes a aceptar la verdad total:

—Pueden ser de la guerra —arguyó Bitino.

—Tengo treinta años. No llegué a ir a Corea —declaré.

Bitino se volvió hacia su compinche.

—Bleecky, ¿quieres decir que nos equivocamos?

El gordo emitió un gruñido.

—Bueno, y eso, ¿qué diablos importa? Uno de los dos es Gurrick, ¿no?

—Sí, pero ¿cuál es Grissom? —estalló Bitino.

—Yo —repetí cansadamente.

—Es él —gritó Gurrick. Sudaba copiosamente.

—¡Un momento!

Miré a Bleecker. Este parecía concentrado en sí mismo, buscando una solución. De pronto chasqueó los dedos.

—Ya está —dijo. Nos miró a los dos alternativamente y agregó—. Uno de vosotros es Grissom, dibujante, según creo, ¿no?

—Así es —confirmé.

—Bueno, vamos a comprobarlo. ¡Ollie!

—Sí, jefe —contestó el sujeto, mirándome a travésadamente.

—Busca por ahí un trozo de papel.

—De acuerdo.

Esperamos en silencio durante unos minutos. Miré a Constance, tratando de infundirle ánimos. La muchacha se mantenía serena, aunque resultaba evidente que en su interior, como yo, no las tenía todas consigo acerca del resultado final.

Ollie vino momentos después con unos grandes trozos de papel de embalar, manchados de grasa en algunos puntos. Bleecker me entregó un lápiz de bola y uno de los papeles, pero rechacé el honor.

—Dice que Grissom es él —dije—. Que lo pruebe.

Bleecker se volvió hacia Gurrick.

—Vamos —ordenó imperativamente—. Si eres tan buen dibujante como presumes, hazme una buena caricatura.

Por un momento, temblé de pavor. ¿No me había dicho Duffy en

cierta ocasión que aún se acordaba de lo bien que había, dibujado Gurrick el plano de cierto atraco que habían efectuado? A ver si ahora resultaba que, en efecto, era tan buen dibujante como yo.

Gurrick pegó un manotón al papel y al lápiz.

—Para hacerte una caricatura —dijo ofensivamente—, bastaría con pintar una pelota de fútbol.

Bleecker le asestó en los labios con el revés de la mano. Gurrick lanzó un aullido de dolor.

Respiré aliviado, mientras me inclinaba a recoger el papel y el lápiz.

—¿Puedo...? —pregunté cortésmente al director de aquel juicio salomónico de nueva especie.

—Anda y procura hacerlo bien, o de lo contrario tendrás que lamentarlo —gruñó Bleecker.

Di un rodeo para evitar el cadáver de Boggan y apoyé el papel sobre la superficie relativamente plana del capot de uno de los automóviles. En medio de un absoluto silencio, estudié durante unos momentos las facciones de Bleecker y luego me apliqué al trabajo.

La caricatura estuvo concluida en menos de diez minutos. Al terminar, se la entregué al dueño. Modestia aparte y aunque esa no era precisamente mi especialidad, era una obra de arte del dibujo humorístico.

Bleecker la contempló durante amos momentos. Luego, evidentemente satisfecho, se la enseñó a su colega.

—Es un artista, desde luego —comentó.

Miré a Gurrick de reojo. Estaba lívido.

Duffy me miró también. Sus ojos expresaban una rabia infinita. Claramente, aunque en silencio, decía: “Me has traicionado, canalla”.

Moví ligeramente los hombros para demostrarle mi indiferencia. Entonces, Bitino dijo:

—Bueno, es un artista. ¿Y qué?

—Pues que ya sabemos a quién debemos la faenita del otro día. —Y al pronunciar estas palabras, miró a Gurrick atravesadamente—. ¿Ya te has olvidado de lo que nos hiciste, especie de hijo de perra?

Gurrick se puso pálido.

—No entiendo. Yo estaba fuera de Nueva York...

Bleecker le asestó un terrible puntapié en el bajo vientre. Gurrick se desplomó, lanzando un aullido. Empezó a revolcarse sobre sí mismo, mientras que Bleecker, ciego de cólera, le perseguía pateándole salvajemente.

Volví los ojos hacia Constance. La atención de todos los presentes estaba morbosamente centrada en Bleecker y Gurrick. Empecé a pensar en el mejor medio de largarnos de allí. No tenía la seguridad de que, a pesar de haber demostrado concluyentemente mi identidad, no acabasen suprimiéndonos también a nosotros, a fin de eliminar testigos molestos.

De repente, Gurrick se agarró con fuerza a uno de los tobillos de Bleecker y lo derribó al suelo.

Al caer, Bleecker dejó escapar la pistola. Gurrick se abalanzó sobre el arma y la cogió antes de que su dueño pudiera recuperarla. Se puso de rodillas y le abrasó la cara con el disparo.

La detonación sonó como un cañonazo. Entonces comprendí que en unos segundos más, se iba a desencadenar el infierno en el almacén.

Aprovechando el momentáneo desconcierto que había producido la inesperada acción de Gurrick, agarré la mano de Constance y eché a correr.

CAPÍTULO XIV

Los disparos empezaron a sonar por todas partes. Constance y yo corrimos hasta alcanzar el parapeto de un gran montón de cajas de embalaje.

Una bala impactó en el cemento a corta distancia del lugar en que nos encontrábamos y se alejó con gimiente chirrido. Arrojé a Constance al suelo, a la vez que procuraba cubrirla con mi propio cuerpo.

Sonó un terrible grito de agonía. Alguien cayó al suelo. Otro empezó a blasfemar.

De pronto escuché unos pasos precipitados. Una pistola detonó repetidas veces. Un sujeto salvó de pronto el parapeto y cayó a dos pasos de distancia.

Lo reconocí en el acto. Era el sustituto de Emil y, al caer, lo hizo en mala postura. En la mano derecha tenía una pistola de pavoroso aspecto.

Antes de que pudiera recuperarse, agarré una pesada tabla y se la rompí en la cabeza. El rufián lanzó un gruñido, soltó la pistola y se agarró la cabeza con ambas manos, desinteresado momentáneamente de la pelea.

Agarré la pistola y le di un ligero toquecito en una de sus sienes. El sustituto de Emil exhaló un resoplido y cayó de costado.

Los disparos parecían haber cesado momentáneamente. Un gran silencio se había expandido por el almacén.

De pronto oí unos pasos precipitados. Estallaron dos disparos. Un hombre gritó agónicamente y cayó al suelo.

Miré a Constance. La muchacha estaba pálida y temblaba visiblemente. Con la mano izquierda apreté ligeramente uno de sus brazos, para darle ánimos.

Sonó una voz. Era la de Bitino.

—Ollie, ve por la izquierda y procura rodearlos.

Uno se rio.

—Que se acerque y verá lo que es bueno. —Se trataba de Duffy. ¿Cómo había salido indemne de la primera escaramuza?

—¡Vamos, Ollie! —gritó Bitino.

—¡Vaya usted si quiere! —barbotó el aludido.

Bitino lanzó una terrible imprecación. —Cuando salgamos de aquí, te ajustaré las cuentas, maldito bastardo.

Duffy volvió a reír.

—Si es que podéis salir —exclamó.

Sonaron dos disparos muy seguidos. Debía ser Bitino.

De pronto oí a Lindsee.

—Duffy, tenemos que largarnos de aquí. Cuando la gente empiece a oír tiros, llamará a la policía.

Era evidente que tanto unos como otros estaban en un buen apuro. Decidí arriesgarme un poco y ver las situaciones respectivas.

—No te muevas —susurré al oído de Constance. Ella movió los párpados afirmativamente.

Empecé a arrastrarme hacia mi derecha, en donde había una especie de hueco entre dos cajones. Centímetro a centímetro, fui ganando terreno hasta encontrar un punto desde el cual dominaba ampliamente un buen sector del almacén.

Por debajo del coche vi el cuerpo de. Boggan, que había sido el primero en caer. Un poco más allá, estaba Bleecker, con la cara destrozada por el disparo que le había hecho Gurrick a bocajarro. Gurrick se hallaba a cuatro pasos de distancia, boca abajo, con los brazos y las piernas extendidas. En la mano derecha tenía aún la pistola con la cual había matado a Bleecker.

Divisé un bulto a mí derecha, a unos doce o quince pasos de distancia. Por las posiciones respectivas en el momento de iniciarse el jaleo, calculé que debía ser Bitino o uno de sus compinches. Junto a la puerta de entrada, divisé a otro cuerpo tendido. Debía ser Randy y me, pareció que había intentado escapar, pero dos disparos habían ilustrado sus propósitos. Randy había sido el último en caer... por el momento.

Alguien se agitó en el lado contrario. No podían ser sino Duffy y Lindsee. Bueno, me dije, las fuerzas estaban equilibradas. Dos por bando... y Constance y yo en medio. La cosa no tenía nada de agradable. Era casi seguro que los supervivientes se revolverían contra nosotros: los unos por liquidarnos y los otros por creerse traicionados. Y lo malo era que estábamos en el punto más alejado del almacén, lo cual significaba que no podíamos soñar siquiera en alcanzar la puerta.

De pronto, sin darme cuenta, toqué uno de los cajones vacíos. Debía hallarse en equilibrio inestable, porque cayó rodando al suelo con gran estrépito.

Me agazapé en el suelo inmediatamente, esquivando por centésimas de segundo un par de furiosos balazos. Los proyectiles se estrellaron contra la pared del fondo con tremenda fuerza.

Casi inmediatamente sonaron varios estampidos. Un hombre se puso en pie, agitándose convulsivamente. Era Ollie, el cual, para disparar en mi dirección, se había descubierto sin advertirlo. Las pistolas de Duffy y de Lindsee concentraron el fuego en su cuerpo y lo derribaron, roto y ensangrentado sobre el suelo de cemento.

De nuevo volvió el silencio. Un silencio relativo, porque podía escuchar un sonoro jadeo con gran claridad. Alguien respiraba afanosamente, con angustia. Por el sonido me pareció que debía tratarse de Bitino.

Al cabo de unos momentos me arriesgué a levantar la cabeza de nuevo. En el mismo momento, percibí el suave rumor de un cuerpo que se arrastraba por el suelo. Miré en la dirección de donde venía el ruido y pude ver a Bitino que trataba de ganar el refugio del automóvil que estaba más próximo a la puerta.

Duffy y Lindsee se hallaban frente a él, a dos pasos de la pared derecha del almacén, tomando como sentido de orientación el de la entrada al mismo. Estaban escondidos tras una pila de cajas de madera, más baja que la que nos guarecía a Constance y a mí, la cual habían utilizado como parapeto desde el primer momento.

Vi a Bitino que se incorporaba lentamente, buscando una mejor posición para el disparo. Hubiera podido avisar a mis chicos, pero me abstuve de hacerlo. El grito de alerta habría delatado indefectiblemente mi posición y eso no me convenía en absoluto. El egoísmo se impuso.

Transcurrió un minuto largo. El silencio era absoluto. Me pregunté cómo era posible que nadie hubiera escuchado los disparos desde el exterior. ¿Tan grueso era el portón del almacén que impedía oír desde afuera lo que pasaba en el interior? Quizá era que estaba demasiado alejado de lugares más concurridos.

De pronto vi que el automóvil se movía lentamente. Guarecido tras su estructura, Bitino trataba de ganar la salida a fin de escapar. Sonaron dos disparos y las llantas del lado izquierdo del vehículo se acostaron de repente sobre el suelo. El automóvil se detuvo en el acto.

Bitino se asomó rápidamente y disparó una vez. Alcanzado en el centro de la frente, Lindsee se desplomó redondo, sin lanzar un solo gemido.

Pero al caer, una de sus manos, en un movimiento reflejo, se agarró al borde una de las cajas y la derribó, arrastrando a tres o cuatro más, las cuales rodaron por el suelo con enorme estrépito.

Esto dejó a Duffy al descubierto. El renacuajo disparó una vez, pero su misma precipitación le hizo fallar. Bitino le acertó en el estómago, aplastándole contra la pared.

Libre de obstáculos, Bitino echó a correr hacia la salida. En aquel momento, ocurrió algo inesperado.

Gurric no estaba muerto. De pronto, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, vi que se sentaba en el suelo. Aún tenía la pistola en la mano y disparó una vez, alcanzando a Bitino en una de sus piernas.

El pandillero cayó al suelo, lanzando un terrible aullido. Se revolvió sobre sí mismo, tratando frenéticamente, de eliminar aquella nueva e

inesperada amenaza. Gurrick gatilló su pistola dos o tres veces más.

Bitino se sentó en el suelo. Dos manchas de sangre se agrandaban paulatinamente en la pechera de su camisa. Bajó la cabeza y se quedó así, quieto, inmóvil, con la espalda sostenida por uno de los grandes batientes del portón de entrada.

En aquel momento sonó un grito agudísimo. Era Constance.

Me volví en redondo. El gorila a quién yo había desmayado, había recobrado el conocimiento, se había arrojado sobre ella y los dos forcejeaban con furia.

En aquel instante me olvidé de todo. Sólo pensaba en Constance. Salté hacia adelante y golpeé de nuevo la cabeza del sustituto de Emil. Este lanzó un chillido y cayó al suelo.

Constance volvió a gritar de repente.

—¡Cuidado, Rex!

Extendió los brazos y me pegó un terrible empujón. Su gesto me salvó la vida, porque, un segundo más tarde, el proyectil que acababa de disparar Gurrick pasaba por el lugar que acababa de ocupar y alcanzaba a la muchacha. Constance se desplomó al suelo exhalando un gemido de dolor.

Los dos caímos simultáneamente. Mi codo derecho tocó violentamente con el duro suelo y algo parecido a una descarga eléctrica me recorrió el brazo, desde el hombro hasta la mano. La pistola saltó a un par de pasos de distancia.

A pesar de todo, me revolví como un gato. El brazo estaba inutilizado por el momento, pero aún tenía útil el izquierdo. Sin embargo, no pude alcanzar la pistola. Una bala, disparada certeramente, la hizo volar a varios metros.

Me inmovilicé súbitamente, al mismo tiempo que volvía la cara hacia Gurrick. El forajido y yo nos contemplamos fijamente durante unos mortales segundos.

Su aspecto era horrible. Tenía ensangrentado todo un lado de la cara y sus ojos lucían con un infernal brillo de locura. Daba la sensación de ir a caerse de un momento a otro, pero los dedos que sostenían la pistola que empuñaba eran firmes y no temblaban en absoluto.

El *gangster* soltó una carcajada satánica.

—Ahora vamos a ver cuál de los dos es el auténtico Gurrick —dijo.

Disfrutaba con mi pánico. Quería verme revolearme de miedo por el suelo. Aún estaba en la misma posición, a gatas, con la mano izquierda extendida en busca de una pistola que ya no podría alcanzar jamás.

El cañón del arma que empuñaba se levantó con espantosa lentitud hasta que vi la boca de fuego apuntar directamente a mí cabeza. Apenas me separaba un segundo de la eternidad.

Repentinamente estalló un disparo. Gurrick se estremeció

horriblemente.

La puerta se abrió de golpe y un tropel de tipos, vestidos de azul unos y de civil otros, irrumpieron en el almacén. La tensión del momento era tal que ninguna de los dos habíamos escuchado los alaridos de las sirenas policiales.

Gurrick se volvió, tambaleándose espantosamente. Movi6 la mano, tratando de hacer frente a sus nuevos enemigos. Estallaron varios disparos, casi una descarga cerrada. Gurrick se agitó convulsivamente y luego, con enorme lentitud se venció hacia adelante.

Los policías se arrojaron sobre mí, pero los apartó a un lado con furia de león. Constance yacía en el suelo, con el seno ensangrentado y eso era todo lo que me importaba por el momento. Rasgué sus ropas en un loco afán de ver su herida y pude ver, con gran alivio, que el proyectil le había penetrado por la parte alta del pecho. Una lesión grave, pero perfectamente curable.

CAPÍTULO XV

El médico salió del cuarto donde habían encamado a Constance.

—Ya puede usted entrar a verla —dijo.

Le miré ansiosamente.

—¿Cómo está, doctor?

—Bien. Antes de cuatro semanas estará lista para salir a la calle.

—Gracias, doctor.

—No la fatigue mucho ahora —me recomendó el galeno.

Asentí mientras cruzaba el umbral. Con paso lento, penetré en la estancia y me acerqué al lecho donde reposaba ella.

Me senté a su lado y tomé su mano libre. Constance me dirigió una suave sonrisa.

—Hola —dije, tragando saliva dificultosamente.

—Hola —contestó ella. Luego preguntó—: ¿Qué tal la policía?

—Me han mareado un poco, pero al final se ha arreglado todo.

—¿Cómo han sabido que tú... bien, quiero decir tu verdadera identidad?

—Tenían registradas las huellas de Gurrick.

—Claro.

Hubo una pausa de silencio.

—Rex —murmuró ella al cabo de unos momentos.

—¿Sí, querida?

—Hay algo que quiero decirte.

—El médico me recomendó que no te fatigas.

—No importa. Ahora te lo diré, Rex. Quiero que sepas... Se trata de Pete Borso.

—Ahora solo quiero que te cures. Lo pasado no cuenta.

—He de decírtelo, Rex. Debes saberlo... Pete y yo estábamos casados. Era un matrimonio legítimo... pero él me mantuvo siempre en la ignorancia de sus negocios. Estaba muy enamorada de él y lo que hacía era secundario para mí... Además, creía de buena fe en sus negocios, creía que eran honrados y decentes... hasta que vinieron aquellos a amenazarme para que fuera a South Nesh. Entonces lo supe todo... Pete no había dicho nunca a nadie que éramos marido y mujer, me refiero a las gentes de su calaña... Por lo visto, pensó que resultaba de mejor tono mantener la ficción de otra clase de unión, ¿me comprendes?

Asentí con la cabeza. Las palabras de Constance aliviaron notablemente cierta presión que actuaba sobre mi espíritu, pero, como digo, teniéndola a ella, todo me daba igual.

—Fui una tonta... Claro que, ¿quién lo iba a pensar? Estaba drogado hasta la médula, pero siempre tomaba la droga fuera de casa. Un día, precisamente cuando yo estaba en South Nesh, lo encontraron tendido en la calle sin conocimiento. Su proveedor le había fallado. Fue internado en un hospital y sometido a tratamiento. Se volvió loco y, aprovechando un descuido de sus guardianes, saltó por la ventana...

—Basta ya —dije severamente—. Olvidalo todo. Aquello ya pasó. Ahora tienes que mirar hacia adelante.

—Sí, querido.

* * *

Fuimos a pasar la luna de miel a South Nesh, al mismo sitio donde nos habíamos conocido por primera vez. Constance ya se había curado por completo y solo una cicatriz en su hombro izquierdo quedaba como rastro de la herida recibida. Pero ahora, hacen unos trajes de baño tan coquetones...

Fueron unos días maravillosos, magníficos. Mientras duró su curación, yo había trabajado intensamente y vendido una docena de buenos dibujos, con cuyo importe, más el dinero que había rebañado de aquella pandilla de granujas, podía mirar el porvenir con toda confianza.

La luna de miel se alargó no ya a un mes, sino a dos, aunque, para no perder el tiempo, por las tardes, en el cuarto del hotel, aprovechaba para trabajar un poco, a fin de tener algo dispuesto el día de nuestro regreso. Y hay que confesar que los dibujos me salían cada vez mejores, claro está que con la inapreciable colaboración de la mejor modelo que he tenido jamás.

Un buen día, cuando ya entrábamos en la novena semana de nuestra estancia en South Nesh, nos encontramos con un tipo conocido mío.

—Grissom, ¿qué diablos hace usted aquí? —preguntó Scalamore, asombrado de verme en aquel lugar.

—No creo que eso le importe a usted mucho —contesté desabridamente—. Esta es mi esposa y estamos pasando aquí nuestra luna de miel, es todo.

—Pero, por el amor de Dios —gritó Scalamore—, si le he estado buscando como un loco. Un agente vino a venderme unos dibujos que resultaron ser suyos y se los compré. Le dije que me indicara su paradero, pero usted había desaparecido.

Entorné los párpados.

—De modo que me ha estado buscando, ¿eh?

—Sí. Oiga, Grissom, olvidemos todo. Echemos pelillos a la mar y... ¿qué le parecerían mil quinientos al mes para empezar?

Reflexioné un momento. Miré a Constance. Los ojos de mi esposa brillaban de júbilo.

—Es una porquería —dije al cabo.

—¡Grissom! —dijo Scalamore, ofendidísimo.

—Una porquería, y usted lo sabe. Tres mil o nada.

—Dos mil.

—Tres mil.

—Dos mil quinientos —gimió Scalamore—. Usted quiere arruinarme, Grissom.

—Dos mil quinientos durante un año. Tres mil al empezar el segundo. Después ya hablaremos.

—Trato hecho —Scalamore agarró mi mano y la sacudió con fuerza. Luego miró admirativamente a Constance—. Con una esposa tan linda como la suya, no necesitará modelos, se lo aseguro.

Constance palideció de repente. Se mareó y tuvo que taparse la boca con una mano. Me alarmé, pero ella se recuperó a los pocos momentos.

Sonrió.

—Señor Scalamore —dijo dulcemente, creo que dentro de poco no voy a poder servir como modelo. Perderé la línea, ¿sabe?

Miré a Constance. De pronto, lancé un aullido y la estreché con fuerza entre mis brazos.

—¡Viva! —grité.

—¡Vaya! —gritó Scalamore.

* * *

A su debido tiempo, llegó el pequeño Rex Grissom, jr. Scalamore estaba tan contento conmigo, que me subió a tres mil antes de cumplirse el primer año del contrato.

El otro día, cuando entraba en el ascensor del edificio donde trabajo, me encontré con una diminuta, persona, vestida con uniforme de ascensorista.

—Duffy —exclamé...

El renacuajo me guiñó un ojo. Estábamos los dos solos y me puse en guardia, por si me había tendido una encerrona.

—¿Qué diablos haces aquí? —pregunté—. Te creía en el otro barrio.

—Tengo el pellejo muy duro y me salvé, aunque la cosa me costó bastante, hay que reconocerlo, jefe.

—Soy Grissom —respondí envaradamente.

—Sí, lo sé —suspiró—. Pero, a pesar de todo, es usted un tío con toda la barba, capaz de hacer ver negro lo blanco al más listo del mundo. Nunca olvidaré la forma en que nos engañó a todos. ¡Qué tipo!

—A mí no me gusta acordarme de aquellos tiempos —rezongué—. ¿Por qué trabajas aquí?

Duffy volvió a suspirar.

—Es lo único que sé hacer y... créame, ya no tengo ganas de jaleos. Un trabajo honrado y decente y la seguridad de dormir tranquilamente todas las noches. No necesito más, seguro.

—Haces bien, Duffy —aprobé. De pronto me acordé de una cosa—. ¿Qué fue de Horey y Rip?

Duffy hizo una mueca.

—Terminaron como tenían que terminar. Se alquilaron para un jefecillo de banda y un buen día los frieron a todos. Yo no quiero que a mí me suceda algo parecido, ¿sabe?

—Sensata manera de obrar —confirmé. El ascensor había llegado ya a su destino, pero cuando me disponía a salir, Duffy me tiró de la manga.

Me volví a mirarle.

—¿Qué quieres, Duffy?

—A pesar de todo... usted será siempre mi jefe —dijo. Luego me guiñó un ojo—. Y ya lo sabe, si un día le estorba un tipo, no tiene más que llamarme y yo, ¡zás! se lo quitó de en medio. Pero solo lo haría con usted, jefe.

Le di una amistosa palmada en el hombro.

—Gracias, Duffy, pero no creo que llegue jamás ese momento, ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego... jefe!

FIN